

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

AGENTE MUERTE

**Curtis
Garland**





SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

AGENTE MUERTE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.748

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN 84 02 02513 7
Depósito legal: B. 42.638-1983

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en España: febrero, 1984
1.ª edición en América: agosto, 1984

© Curtis Garland - 1984
Texto

© García - 1984
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA. S A
Camps y Fabrès, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N 152. Km 21.650) Barcelona - 1984

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.740 - Alguien que no existe

En Colección PUNTO ROJO:

135 - Quema el asfalto.

En Colección LA HUELLA:

134 - Pasaje sin salida.

CAPÍTULO PRIMERO

Lex Redmond supo que era el fin. La muerte. El telón de su agitada vida.

Era el mejor agente especial de su época, muchos lo habían dicho aunque él nunca se lo creyó del todo. Trató, simplemente de ser el mejor. Pero jamás estuvo seguro de haberlo conseguido, aunque sus jefes y sus enemigos —sobre todo sus enemigos—, dijeran que realmente lo era.

Pero aunque así fuese, nada ni nadie iba a librarle ahora de su final. Acababan de clavarle dos proyectiles en el pecho y uno en el abdomen. Sabía lo suficiente de armas y de balas como para comprender que no había médico capaz de salvarle la vida.

Retiró su mano empapada de sangre de las heridas del torso. Respiró con dificultad, sintió silbar algo en sus pulmones y la boca se le llenó de sangre.

—Esta vez... acertaste —dijo roncamente, mirando a su asesino.

Metal Morgan sonrió fríamente. No podía hacer otra cosa, con aquellas prótesis metálicas en sus mandíbulas, semejantes a la de su mano y brazo derechos. Metal Morgan tenía ese extraño nombre por una razón concreta, no por simple apodo o porque su corazón fuese frío como el acero, según se decía habitualmente de él. Poseía demasiado metal incrustado en su humanidad. De ahí el apelativo. Seguro que nadie en los ámbitos internacionales sabía cómo se llamaba realmente. Para todos, amigos y enemigos, era sólo eso: Metal Morgan.

—Juré que lo haría. Redmond —silabeó con su extraña entonación, que hacía sonar su voz con ecos metálicos al rebotar en su prótesis, moviendo apenas la boca y emitiendo un desagradable chirrido cuando la encajaba—. Y lo he hecho. Estás muerto. Definitivamente muerto.

Lex tosió. Escupió sangre y se sintió débil. Cayó de rodillas. Su

poderosa pistola automática yacía a sus pies, lejos de su mano. No tenía fuerzas ni para alargar los dedos y tomarla. Además, eso no serviría de nada. Metal Morgan le clava ría otra bala en la cabeza si lo intentaba.

—¿No vas a rematarme? —jadeó Lex.

—No —negó el otro glacialmente—. Me gusta que mis enemigos tengan una larga agonía. La tuya lo será. Redmond. Mis balas han encharcado de sangre tus pulmones y han perforado algunas tripas. Es mortal, pero lento. Muy lento. Puedes sobrevivir hasta tres o cuatro horas. Y no serán agradables. Nada agradables, te lo aseguro.

Contempló a su verdugo. Sabía lo feliz que debía sentirse Metal Morgan por haber terminado definitivamente con su peor adversario en el campo del espionaje y contraespionaje internacionales. El Agente Especial X-11 ya no sería un obstáculo para él y sus aliados. Se habían enfrentado en un duelo a muerte, y había perdido. Alguna vez se pierde, sobre todo si el enemigo juega con ventaja y existe una traición por medio.

—Si hubiera sospechado a tiempo de Thorla... —musitó, tosiendo secamente y notando las burbujas sanguinolentas en sus labios.

—Nunca te fiaste de ninguna mujer. Lex —rió Metal Morgan, haciendo chasquear desagradablemente los dedos metálicos de su mano zurda—. Sólo de Thorla.

—Y me traicionó... Fue mi único error.

—Un error es suficiente a veces. Incluso para X-11,

el gran Lex Redmond. Te dejo, colega. Tengo muchas cosas aún por hacer. Y poco tiempo para ello. Que tu agonía sea leve.

—¿Vas a dejarme aquí? ¿En este lugar?

—Es tan bueno como otro cualquiera para morir. Además, dentro de unas pocas horas volará en pedazos por los aires. Nuestros cohetes apuntan ya hacia esta Base. No nos es útil ya. *Spider* no la necesita, ¿comprendes?

—*Spider* siempre destruye aquello que ya no necesita —sonrió forzadamente Lex, mientras el sudor, frío y viscoso, empapaba su rostro lívido, convulso por el dolor y la proximidad de la agonía. Ya toda su camisa, pantalón y zapatos, aparecían enrojecidos por la intensa hemorragia de sus tres agujeros mortíferos. Se apoyó en el

muro, sintiendo unas punzadas agudísimas en el pecho y un calambre ardiente y doloroso en el abdomen. Añadió con voz ronca —: De modo que cuando las unidades navales lleguen aquí, esta Base ya habrá sido aniquilada por vuestros misiles...

—Así es. Lex. Tú cumpliste bien tu misión, pese a todo. Descubriste nuestro refugio en los Sargazos, avisaste a tus superiores... y ahora esta Base submarina ya no nos puede ser útil. Pero tampoco sus secretos técnicos lo serán para tus aliados. Destruiremos todo. Y a ti con ello. Pero para entonces no tendrás que pensar en sufrimientos cuando esto vuele en millones de fragmentos. Estarás muerto y bien muerto. Agente X-11, orgullo de la profesión y mito viviente del mundo del espionaje...

Soltó una carcajada que hizo resonar más aún el eco metálico de sus mandíbulas de acero, recubiertas de plástico brillante y que daban a su cuadrado rostro, bajo el cráneo brillante, sin cabello y redondo como una bola de billar, una expresión grotesca y siniestra a la vez.

Caminó hacia la salida de la larga galería metálica, situada bajo el nivel marino del Atlántico Norte, en la zona del Mar de los Sargazos. Se ausentaba de aquella secreta base de *Spider*, la súper organización criminal dedicada a la obtención de altos secretos estratégicos y militares de todas las potencias.

Y allí se quedaba él. Lex Redmond, esperando la muerte inevitable, con la sangre fluyendo de sus heridas profundas e incurables, a la espera de una larga y horrible agonía. Antes, Metal Morgan se había quedado con su pistola y comprobado que no llevaba nada encima que pudiera reducir su agonía mediante el suicidio piadoso. Desde el fondo del frío corredor de muros acerados, se volvió, con una siniestra mueca en su metálica boca, y susurró, agitando su mano de acero articulado:

—Adiós. Lex Redmond... Adiós para siempre.

Y cerró tras de sí la puerta ovalada de grueso acero, dejándole herméticamente encerrado en el fondo de las galerías submarinas de la Base Central de *Spider*, evacuada ahora por los aliados de Metal Morgan.

Lex suspiró, cerrando sus ojos y respirando con fatiga, mientras sus pulmones, jóvenes y vitales, se encharcaban más y más con la sangre que fluía de los desgarros producidos por los proyectiles.

—Ahora... a morir lo más dignamente posible —musitó cansadamente—. No queda otra alternativa... Ninguna otra...

Allá fuera, minutos más tarde, un minisub con un solitario viajero a bordo partía del lanzatorpedos de la base submarina, dirigiéndose como una centella entre las aguas, rumbo a un destino que sólo su único pasajero conocía. A través del visor frontal de su vertiginoso vehículo subacuático, que dejaba tras de sí una densa estela de burbujas al hender a chorro las profundas y frías aguas atlánticas, eran visibles las formas marinas, su flora y fauna multicolor, así como las oscuras manchas distantes de los sargazos que formaban aquel denso mar sólido, flotante y fétido, en constante movimiento por la zona llamada del «triángulo de las Bermudas».

Tras el minisub retro-propulsado a tan gran velocidad, que daba la sólida estructura de metal de la base submarina de *Spider*, hasta hace poco cuartel general de la organización, y ahora inutilizada por los informes que Lex Redmond pudo transmitir a sus amigos antes de ser traicionado por una hermosa mujer y ser herido de muerte por un monstruoso y frío criminal de mente tan astuta como despiadada.

Dentro de su vehículo submarino. Metal Morgan soltó una carcajada al hablar a través de una micro emisora situada en el reducido cuadro de mandos de su vehículo subacuático:

—Lex Redmond, el Agente

X-11,

está agonizando dentro de la base. Y también he dejado en ella, trabajando en su laboratorio, al profesor Ratoff, ajeno por completo a que se ha quedado solo en el lugar destinado a la destrucción total, en compañía de su agonizante.

—Bien hecho. Morgan —respondió la voz desde la estación receptora de la Organización *Spider*—. Ha cumplido al pie de la letra las instrucciones. El profesor Ratoff ya no nos era útil. Y sabe demasiado para dejarle con vida. De modo que lo mejor será que muera, en compañía del agente Redmond. Le felicito por su labor en este asunto, Morgan.

—Gracias, señor. Siempre es un placer servir fielmente a la Organización.

—Y la Organización siempre sabe corresponder a esos fieles

servicios. Será recompensado generosamente a su llegada. La cuenta atrás para los misiles ha comenzado ya. Dentro de cinco horas alcanzarán la base submarina de los Sargazos.

—Perfecto, señor. Ese chiflado profesor ni siquiera se dará cuenta de lo que sucede. Y en cuanto a Redmond... ya habrá muerto para entonces.

El profesor Ratoff alzó la cabeza. Escuchó.

Ni un ruido llegaba a sus oídos. Se apartó de su lugar de trabajo y caminó por entre las mesas repletas de material bioquímico, las instalaciones electrónicas y todo cuanto constituía el más completo laboratorio de investigación imaginable.

Conectó los interfonos y llamó al personal de la base. Nadie respondió. Sólo captó zumbidos y silencios. Intentó también a través del circuito cerrado de televisión. La conexión con cada zona, mediante presión en toda una serie de teclas numeradas, resultó vana. No había nadie ante las cámaras cuando la imagen se proyectó en la pantalla de su monitor.

Perplejo, meneó la cabeza. Probó fortuna con el comunicador directo con la Zona de Control y Dirección de la base submarina. Igual resultado negativo. Tampoco había nadie allí.

La idea sorprendente se abrió paso de inmediato en su cerebro:

—¡Solo! Estoy solo aquí... La gente ha abandonado la base. No queda nadie. Pero ¿por qué no me han avisado? ¿Por qué me han dejado aquí y ha sido evacuado todo?

La conclusión le pareció nítida. Palideció al comprender.

—¡No, cielos, no! —susurró—. Ellos... ellos quieren deshacerse de mí. Ya no me necesitan. Les... ¡les estorbo y han decidido dejarme aquí en la base! Ahora, su siguiente paso... sin duda, será... *destruirlo* todo. Conmigo dentro, claro está...

Airado, lanzó una imprecación y caminó como un loco, derribando material de laboratorio, apuntes, libros y cuanto encontraba a su paso. Una fría ira le dominaba, pero empezaba a darse cuenta de que era tan impotente como inútil. Si estaba solo en la base secreta, eso significaba que la misma había sido abandonada y, por tanto, condenada a desaparecer.

Y él tenía que desaparecer con ella, eso era obvio.

Recordó que últimamente había sido examinado con recelo por sus propios aliados, que el trato con él se había enfriado, y que

había sido marginado de cuestiones importantes y de asambleas trascendentes. *Spider* no contaba con él, estaba seguro desde hacía tiempo. Incluso creía saber cuándo empezó a ocurrir todo. Cayó en desgracia a raíz de fallar el Experimento Nova, y en cambio descubrirse que otro científico, éste en el bando opuesto al que le convenía a *Spider*, había conseguido triunfar en la misma empresa, proporcionando a sus aliados un arma poderosa, nueva y eficaz. El profesor Ratoff estuvo a punto de despejar las sospechas y desconfianzas de los suyos, informándoles de que había fracasado en el empeño por no poner en él todas sus fuerzas, y desviar sin embargo sus investigaciones hacía algo que sólo casualmente había empezado a surgir en forma de embrión en su laboratorio.

Pero no lo dijo, precisamente irritado por esa repentina frialdad en el trato. Y siguió investigando secretamente, sin informar a nadie.

Ahora, tenía entre manos algo excepcional, fuera de lo común. Algo que podía revolucionar no sólo el equilibrio mundial, sino alterar el curso de las guerras, las relaciones humanas, la vida misma en el mundo, las consecuencias de la violencia, los límites de lo controlado.

Y ellos, los muy imbéciles, ni siquiera lo sabían. Le habían condenado a morir estúpidamente en aquel lugar situado bajo toneladas de agua, junto con su formidable secreto científico. Ignorantes de lo que poseía entre manos, del valor incalculable de aquel hallazgo, le habían sentenciado a desaparecer junto con su base. Y ni siquiera podía saber el porqué de todo aquello...

—¡Necios, malditas ratas estúpidas y ciegas! —bramó el científico, corriendo desolado por las vacías naves, corredores y cámaras de la base secreta, en busca de una mínima posibilidad de salir de allí, de sobrevivir de alguna forma a la planeada hecatombe. Estaba seguro de que algún mecanismo explosivo o algún proyectil especialmente destructivo aniquilaría en cualquier momento la abandonada base, junto con su persona. Eso le enfurecía, le ponía frenético. Y no ya por el valor de su propia existencia, sino por la sarcástica burla que suponía perecer de aquella forma, desaparecer sin que nadie lo supiera... y perderse así, para siempre, lo que podía cambiar radicalmente la faz del mundo. El invento más asombroso e increíble de toda la historia,

guardado celosamente en su armario del laboratorio, con su aspecto inocente y equívoco, que nadie podría jamás relacionar con lo que realmente era y significaba.

Agotado, jadeante, se detuvo en una de las salas desiertas, donde aún eran visibles las mesas repletas de papeles inútiles, las máquinas de escribir electrónicas, las computadoras y programadoras, las pantallas de video en semicírculo. Uno de los puntos claves de aquel cuartel general de *Spider*: el centro de control de la base, y a la vez nudo de comunicaciones con el exterior. No le costó comprobar que todas esas comunicaciones estaban previamente rotas, neutralizadas las líneas de radio y TV en todas sus frecuencias. Estaba solo y aislado. Así tendría que esperar la muerte, dentro de aquella monstruosa estructura de metal, plástico y vidrio blindado, bajo cientos de metros de profundidad, en la sima tenebrosa de los Sargazos.

Conectó la red de visión interior de la base, aunque sabía que todo era inútil y no iba a encontrar a nadie haciéndole compañía en aquel trance. Sólo vio estancias y corredores vacíos a través de las pantallas, conectadas ahora al circuito cerrado de televisión. De repente, pegó un respingo. Sus ojos se fijaron en algo, allá en una de las pantallas. Era un simple reguero que corría por el suelo, oscuro y lento. Salía de detrás de un punto no captado por las cámaras, en un recodo de un pasillo fuertemente iluminado, cercano a la propia sala de control donde él se encontraba ahora.

El color de la imagen en la pantalla era lo bastante limpio como para comprender de qué se trataba.

—¡Sangre! —jadeó el profesor, perplejo—. Es sangre...

Inmediatamente, ató cabos. Allí no había razón alguna para que corriera sangre... a menos que hubiera alguien herido. Y si esto era así, no estaba completamente solo, después de todo.

Rápido, tomó una decisión. Salió a la carrera del recinto, lanzándose en dirección al lugar donde viera la mancha roja extendiéndose por el pavimento. No tardó en verla frente a él.

Cuando llegó y volvió la curva del corredor, lanzó una imprecación.

—¡Cielos, este hombre está muriéndose! —jadeó.

Era cierto. Un rostro lívido, desencajado, le contemplaba desde el suelo. Unos ojos vidriosos, ya opacos por la proximidad de la

muerte, le miraban en silencio. Un jadeo ronco era el único sonido perceptible en los pulmones del infortunado. La sangre ya no brotaba. Había logrado taponar sus heridas con trozos de su camisa, pero aunque la hemorragia estuviera detenida, el estado de aquel hombre era desesperante. Agonizaba, bastaba una ojeada para comprobarlo. Tenía los labios empapados en sangre. La mirada del profesor recorrió las tres heridas. Meneó la cabeza de un lado a otro. Todas eran mortales.

—Le dieron bien, amigo —masculló—. ¿Quién diablos es usted? No es uno de ellos...

—No lo soy —jadeó el moribundo roncamente—. Me llamo... Lex Redmond. ¿Qué hace usted... aquí? Esto volará en mil pedazos dentro de poco más de dos horas. Yo llevo así... mucho tiempo. Se agotan mis fuerzas... Intenté deslizarme hacia algún botiquín, en busca de medicinas para morir... pero fue en vano.

—Esos cerdos me dejaron aquí al abandonar la base. Como a usted. Importa poco que esté ileso. Voy a morir igual. ¿Sabe cómo destruirán todo esto?

—Sí. Con misiles. Antes de que lleguen barcos a rescatarnos... Para entonces yo estaré muerto, no sufra por mí. Pero usted... trate de huir. Llegue a la cámara de submarinos. Debe quedar alguno para salir de este lugar antes de que se convierta en un volcán en erupción...

Tosió, convulsionándose su cuerpo lleno de sangre. El profesor le miró compasivamente.

—¿Quién le hizo eso? —quiso saber.

—Metal Morgan... Soy agente secreto enemigo, ¿comprende? Eso ya importa poco...

—Sí, entiendo —la mente del profesor trabajaba a plena presión—. Espere. Voy a buscar una camilla rodante. Le llevaré a mi laboratorio.

—¿Para qué? —susurró Redmond—. Estoy muerto, amigo. Usted lo sabe.

—No soy médico, pero como si lo fuera. Sé lo suficiente de biología como para saber su estado. Es usted un hombre fuerte. Está muy mal, pero aún durará bastantes minutos en ese estado, tal vez media hora, si no le falla el corazón antes. Deje que lo intente.

—Intentar, ¿qué? Es inútil todo. Tengo los pulmones

destrozados, el vientre perforado. Nadie sobrevive a eso.

—Lo sé. De todos modos, voy a intentar algo. Vuelvo de inmediato.

En menos de dos minutos estuvo Ratoff de vuelta con una camilla rodante. Le costó encaramar al herido encima, dada la corpulencia de Lex. Éste procuró ayudar, aun a costa de expulsar más sangre y sentir centuplicados sus dolores. Ni siquiera sabía por qué lo hacía, porque todo era inútil. Tal vez su oculto deseo era sólo uno. Y se lo expresó fatigosamente a su inesperado amigo, una vez tendido en la camilla.

—Lléveme adonde quiera... y, por favor, deme algo para dejar de sufrir. Morfina, una droga, veneno... lo que sea. No quiero sino morir dulcemente ya...

—Descuide. Le voy a inyectar un anestésico de inmediato —sonrió el profesor con grave expresión—. Después... que Dios nos ayude a ambos, Redmond.

Y deslizó a toda prisa la camilla por el corredor, empujándola con fuerza.

CAPÍTULO II

Terminó de inyectar a Lex Redmond. El líquido ambarino penetró en la exhausta vena del moribundo. La escasa luz de sus ojos se apagó más aún. Cayó en una languidez extrema, después de musitar a modo de despedida:

—Adiós, amigo... y gracias por este favor. Trate de salvarse usted ahora, y déjeme a mí aquí...

Cerró los ojos. Perdió la noción de todo. Ratoff se enjugó el sudor que perlaba su frente. Caminó hacia el armario personal suyo, dejando tendido a Lex en la camilla, bajo la cruda luz vertical de una de las lámparas. Abrió una puertecilla cerrada mediante una combinación que sólo él conocía, y una célula fotoeléctrica que llevaba consigo. Nadie, salvo él mismo, tocó jamás aquel armario donde guardaba sus más preciados objetos y apuntes personales en clave. Pero no tomó ningún libro de notas, ni tampoco frascos y objetos alineados allí. En vez de eso, apartó todo ello, deslizando su mano hasta un compartimiento disimulado tras unos frascos conteniendo embriones en una sustancia turbia. Tras los frascos, apareció una cajita plana, metálica, de color oscuro, herméticamente cerrada. La extrajo de allí. Sus dedos temblaban al transportarla hasta debajo de la luz que alumbraba al agonizante.

—Nunca pensé tener que probarlo así —dijo roncamente, empezando a abrir la cajita con lentitud.

Miró lo que contenía. Era una simple pastilla del tamaño de una aspirina, pero mucho más plana. De su círculo, de color *beige* claro, emergían hasta tres delgadísimos filamentos por lado que le hacían parecer un transistor. El diminuto objeto casi se perdía en la ancha mano del científico.

—Bien... —susurró, respirando con fuerza—. Vamos allá. Ahora... o nunca.

Y dejando cuidadosamente la pieza junto al inconsciente

moribundo, tomó de otro armario un delgado y afilado bisturí, de los que utilizaba en disecciones animales para sus experimentos, la mayoría de ellos electro-biológicos.

Con el bisturí, se inclinó sobre Lex Redmond con aire decidido... y produjo un rápido y firme corte en un punto de su persona.

Luego, en el silencio del laboratorio, el profesor Ratoff siguió su trabajo, que hubiera llenado de asombro a cualquier posible testigo. Pero allí nadie podía verle, porque la única persona que le acompañaba era el sujeto de la intervención quirúrgica, y estaba bajo los efectos del anestésico, en las fronteras mismas de la muerte.

Los navíos de la Marina de los Estados Unidos redujeron máquinas al ver alzarse del océano una enorme columna de agua y humo que producía el efecto de una colosal erupción submarina. Luego, toda la superficie del Atlántico Norte tembló, produciendo un intenso oleaje concéntrico, a partir de la zona del desastre.

En los radares de los buques, momentos antes, ya había sido detectada la presencia de misiles tierra
aire-mar,

que tras surcar el cielo habían ido a caer bajo las aguas, a algunas millas de distancia, siguiendo luego su ruta, como enormes torpedos submarinos, hasta alcanzar su objetivo.

—Señor, la zona que íbamos a bloquear ha sido totalmente acibillada por media docena de misiles muy potentes —informó un oficial al capitán del acorazado insignia—. Nadie puede estar allí con vida.

El capitán respiró hondo, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Me lo temía —dijo—. Esa gente es muy diestra. Han pulverizado la base submarina de cuya existencia nos informó el Agente Especial X-11. Y con ella, al propio agente, que no llegó a salir de allí jamás...

Pese a todo, horas más tarde era recorrida la zona con canoas e incluso submarinistas. Fueron hallados numerosos restos de la estructura metálica del fondo, reducidos a simple chatarra. Flotaban fragmentos de la base aniquilada. Y eso era todo. Ni el menor rastro de cuerpos humanos. Los seis misiles se habían bastado para reducirlos a polvo.

Informaron a los servicios de Información de los Estados Unidos. El Pentágono y la CIA fueron detalladamente enterados de los

hechos. Enviaron un mensaje urgente al Servicio Secreto británico, al cual perteneciera el Agente Especial X-11, desaparecido durante su misión en el fondo del Mar de los Sargazos.

En el *Intelligence Service* británico no causó sorpresa alguna el informe. Esperaban algo así desde que dejó de transmitir su mejor agente. Sólo la muerte podía silenciar a Lex Redmond. Oficialmente, ya le habían dado por muerto desde mucho antes. Esto de ahora era sólo la confirmación.

Sir Q., el director del Departamento de Servicios Especiales del *Intelligence Service*, cerró el *dossier* de Lex Redmond que tenía ante sus ojos. Sin vacilar, alzó su mano, empuñan de un sello de goma recién humedecido en un tampón de tinta roja.

Sobre la tapa del *dossier* personal de su mejor agente quedó impresa la fatídica palabra para ser archivado:

MUERTO

Luego, cansadamente, pulsó un botón, para que su secretaria introdujera en el archivo el *dossier* de Lex Redmond. Agente Especial X-11 al servicio de Su Majestad.

Era todo cuanto podía hacer ya por él.

El profesor Ratoff comprobó en la pantalla que los navíos estaban ya muy lejos de la zona. La flota de los Estados Unidos se ausentaba de modo definitivo, tras una búsqueda exhaustiva de posibles supervivientes en torno al lugar del séxtuple impacto de los misiles.

Encima del minisub que tripulaba el científico, la enorme masa formada por los sargazos y su viscosa, espesa red donde se apresaban embarcaciones y restos de naufragios a lo largo de siglos enteros, hasta constituir aquella inmensa isla flotante y viajera, constituía de por sí una protección segura contra el radar de los buques americanos. Nadie hubiese podido detectar la presencia del submarino individual bajo aquella superficie sólida y maloliente.

Ratoff conectó los mandos, y el minisub emprendió la marcha a velocidad regular, en sentido contrario al de los buques de la Navy. Navegaba a bastante profundidad, para evitar ser detectado también por el aire. No sólo los aviones de la flota americana habían sobrevolado la zona. Cabía la posibilidad de que algún

aparato de *Spider* sobrevolase en cualquier momento el mismo lugar, para comprobar el fin de la base submarina.

Reguló la ruta del pequeño sumergible, una vez comprobado que no había obstáculos peligrosos en la misma, y se dirigió a la parte posterior del minisub, donde habitualmente se instalaban las provisiones y el combustible de repuesto. En este viaje, no llevaba apenas de las primeras y virtualmente casi nada de lo segundo. No le hubiese sido posible compartir el reducido espacio disponible con el hombre tendido en la litera, inconsciente todavía.

Le examinó atentamente. Le tomó el pulso y sonrió satisfecho. Luego alzó la manta con que le cubría, comprobando que los apósitos sobre las heridas seguían sin humedecerse de sangre. Respiró hondo, pasándose una mano por el rostro.

—Está funcionando —musitó—. Es la primera prueba humana... y por el momento el resultado es positivo...

Se quedó contemplando al compañero de viaje con quién compartía tan angosto espacio. Aún recordaba el terrible momento en que estalló la base submarina, y las ondas agitadas de la profundidad batieron contra la pequeña nave, casi lanzándola contra las rocas cubiertas de algas. Había sido un momento difícil, incluso tan alejados de la instalación de *Spider*.

Súbitamente, el hombre tendido se agitó. De sus labios escapó un gemido. Ratoff se inclinó hacia él, expectante. El otro abrió los ojos despacio.

—Hola —saludó el profesor—. Feliz regreso a la vida. Redmond. Lex Redmond parpadeó. Miró aturdido en torno suyo.

Luego contempló a su acompañante. Pareció recordar, porque sus ojos mostraron un vivo estupor rayano en la incredulidad. No despegó los labios. En vez de ello, movió una mano. Tomó el borde de la manta. Luego se miró el pecho y el abdomen. Enarcó las cejas, volviendo a mirar a Ratoff. Fatigado, suspiró, dejando caer la manta. Parecía totalmente desconcertado.

—Sí —dijo el profesor suavemente—. Sus heridas están bien. No tiene nada que temer, Redmond.

—No es posible —rechazó Lex—. Yo... estoy muerto. Tengo que *estar* muerto.

—Lógicamente, así es. Pero ya ve que está vivo. No sangra por sus heridas. Y le hice una transfusión de plasma san guineo antes de

abandonar la base. Su temperatura y pulso son buenos. Sus constantes vitales, correctas.

—Eso no puede ser... La base... —jadeó—. Estará...

—Destruída, sí. Los misiles la hicieron añicos. Los barcos americanos ya estuvieron aquí y se fueron. Deben darle por muerto. Y a mí también los de *Spider*.

—Spider... —Se agitó Lex—. Metal Morgan... Él me mató... Mis heridas no pueden cicatrizar. Además, el daño interior... es irreversible.

—Era irreversible. Ya no nota edema pulmonar, ¿no es cierto? Ni tampoco perforación intestinal...

—Dios mío, no sé... —Movi6 la cabeza, aturdido. Cerr6 los ojos—. Nadie sana de eso ni siquiera en manos del mejor m6dico del mundo.

—Ya le dije que no soy m6dico —sonri6 Ratoff—. Pero le debo la vida a usted.

—¿A mí?

—Sí. Y usted me la debe a mí. Estamos a la recíproca, Redmond. Estando en coma, usted habló del expulsor de torpedos y de minisubs, en el último nivel de la base, a gran profundidad. Apenas le hube atendido, comprobé que quedaban tres minisubs en condiciones. Y que se podía lanzar uno afuera. Le cargué dentro y salimos de allí a tiempo.

—Entiendo todo eso, pero... ¿cómo ha podido alargarme así la vida? Eso no tiene sentido. Yo estaba ya agonizante, me quedaban minutos de vida nada más. Y le pedí algo para tener un final digno, más dulce del que sufría por voluntad de Metal Morgan.

—Es largo de explicar eso —habló el profesor apaciblemente. Comprobó que la ruta automática del minisub era correcta, y volvió a concentrar su atención en su paciente—. Usted es el cobaya de mi gran experimento, Redmond, simplemente eso.

—¿Experimento? ¿Qué experimento?

—Uno del que nadie llegó nunca a saber nada. Tal vez mi mejor alcance científico. Soy el profesor Ratoff, tal vez haya oído hablar de mí...

—¡Ratoff! Bioquímico de la Unión Soviética, experto en cibernetica en Alemania Oriental... —recitó Lex, asombrado.

—El mismo. Al servicio de *Spider* hasta ser abandonado a una

muerte segura por mis propios aliados de la Organización. El Kremlin me cree muerto hace tiempo. Ahora, también *Spider* lo pensaré. Ninguno supo jamás de mi gran dueño: la célula bio-electrónica.

—El Servicio Secreto británico tuvo siempre mucho interés en su persona, profesor, pero a causa de sus hallazgos en el campo de la bio-cibernética con uso letal en armas ofensivas.

—Eso está superado ya en mis investigaciones. Esa clase de armas, capaces de exterminar ejércitos y ciudades enteras, fueron las que atrajeron el interés de *Spider* hacia mí. Me pagaron una fortuna por desertar de la Unión Soviética y de Alemania del Este. Ahora me arrepiento de todo eso, pero ya es tarde para rectificar. Nunca debí dejarme seducir por el dinero de una banda de asesinos. Pero si bien antes puse todos mis afanes en crear ingenios para matar, ahora es distinto. Estoy trabajando en una gran obra: crear algo que dé vida. Y parece que, de momento, lo he conseguido. Usted es mi mejor prueba de ello, Redmond.

—¿Qué quiere decir?

—Su milagrosa «resurrección». Podemos llamarla así, aunque no me guste el término. Ha vuelto a la vida. «Lázarus-R» ha resultado.

—¿«Lázarus-R»?

—Mi célula bio-cibernética. Un ingenio pequeñísimo capaz de dar vida virtualmente *después* de la muerte. Cuando una persona empieza a estar clínicamente muerta o en período agónico, puede recibir ese microordenador aplicado a un punto concreto de su ser. El ingenio se activa con el impulso vital del sujeto, por escaso que sea, y pasa a formar parte de su propia persona. Posee un circuito generador de la circulación sanguínea, otro de la función cardíaca y otro de la actividad cerebral. Revitaliza las células en trance de muerte, regenera los tejidos dañados en cualquier punto del cuerpo, creando una especie de anticuerpos electrónicos que renuevan las partes dañadas y cicatrizan cualquier herida en instantes. Hasta ahora sólo lo experimenté en animal, con óptimos resultados. En algunos casos, incluso dos minutos o más después de su muerte clínica, pero nunca *después* de tres minutos de la misma, ya que en esos casos resultó inútil por completo, tal vez por la muerte irreversible de los tejidos cerebrales. Usted estaba a punto de morir cuando comencé la operación. Y se me quedó muerto cuando le

hice la incisión para introducirle el microordenador y conectarlo a su sistema nervioso. Tuve que trabajar contra reloj, y en sólo dos minutos escasos, había hecho las conexiones y se activaba el mecanismo. Ahí comenzó a respirar normalmente y se inició también la regeneración progresiva de sus tejidos.

—Pero... pero eso es un milagro científico, profesor... Ha logrado usted vencer a la muerte...

—Ése es mi objetivo supremo. Tal vez nunca llegue a ver lo cumplido. Esto es sólo un paso en el camino. Recuerde que sólo hay esos tres minutos de plazo en un ser sin vida. E incluso ahora mismo, la capacidad de ese mecanismo injerta de en su ser es limitada por desgracia.

—¿Limitada? —musitó Lex, frunciendo el ceño—. ¿Eso significa que sólo ha podido alargar un poco más mi vida, y que moriré en breve plazo definitivamente?

—No del todo. Pero si no mide bien su capacidad vital, podría ocurrir. Esa célula aplicada a su persona tiene una duración efectiva de un año.

—Un año de vida solamente... Bueno, es bastante, habida cuenta de mi estado al caer en sus manos, profesor.

—No, espere —le pidió éste vivamente—. No se trata de lo que cree. Puede revitalizarse de nuevo antes de que termine su capacidad, mediante una fácil alimentación de sus micros baterías. Pero si eso no ocurriera *antes* de agotarse total mente... sería el fin definitivo. Redmond. Entonces ya nada podría reactivar la acción de la célula bio-eléctrica que genera ese pequeño milagro de darle vida.

—¿Cómo se alimentan esas baterías? —quiso saber Lex.

—Es muy simple: cualquier laboratorio electrónico le facilitará el sistema, sólo con abrirle el punto donde lleva insertada la célula y leer los caracteres microscópicos en la cápsula. Allí se indica la potencia y voltaje de la carga electrónica que debe aplicársele, y el modo adecuado de hacerlo, sin desconectar siquiera la pieza de su sistema nervioso. Como comprenderá, debe ponerse en manos de toda confianza para ello, o podrían dejarle sin vida mediante el simple sistema de arrancarle ese mecanismo. Por sí solo, Redmond, ya no podrá vivir usted ni un solo segundo. Necesita inevitablemente lo que lleva ahora consigo bajo su piel.

—¿Y dónde lo llevo adosado?

—Aquí —se tocó la cabeza, justo tras la oreja derecha en su pabellón—. Es el punto idóneo para que vayan los impulsos directamente a su cerebro y centros nerviosos y a todos los puntos básicos de su mente.

—Tendré que recordarlo. Cada año, ir a revisión y reponer la carga —rió sordamente Lex—. Como un reloj que gasta sus pilas o un coche sin gasolina.

—Algo así —sonrió Ratoff—. Otra cosa aún. Redmond, la más importante de todas.

—¿Sí?

—Si hace un gasto excesivo de energía, como luchar, correr, un ejercicio activo violento, tensiones emocionales, sexo y todo eso... la batería se agotará más rápidamente. Mucho más. En un hombre como usted, agente secreto y metido en duras labores, esa carga podría llegar a durar menos de un mes, tal vez una semana, incluso días... u horas, si la actividad es demasiado intensa y sus emociones también.

—Cielos, ¿cómo sabré que eso ocurre, profesor?

—Es muy simple. Empezará a notar un gran cansancio. Una fatiga en aumento. Cuando note ciertos mareos, debilidad física y momentos de visión borrosa, significará, si mis experimentos con animales no están equivocados, que apenas le queda energía vital para unas pocas horas. Entonces apresúrese a encontrar quien le resuelva el problema... o su plazo se habrá acabado definitivamente.

—Entiendo —suspiró Lex, incorporándose lentamente en la litera—. ¿Y si todo va correctamente... cuánto tiempo puedo vivir con este prodigioso mecanismo en la cabeza, profesor?

—Indefinidamente. Su vida se prolongará mucho más de lo normal en cualquier otro ser humano. Es posible que sobrepase fácilmente los cien años en buena condición física y mental. Y para entonces, ¿quién sabe? —sonrió encogiéndose de hombros—. Puede ocurrir que se descubra algo nuevo, especial, capaz de prolongar aún más su vida.

—Me siento como Fausto al pactar con el diablo —rió Lex de buen humor, palpándose pecho y vientre con gesto complacido—. Fuerte, sano, lleno de vida...

—Pues le aseguro que no soy Satanás aunque pueda parecerlo en ciertas fases de mi vida —confesó Ratoff con ironía—. Ahora, debo ocuparme del minisub. Vamos a entrar de un momento a otro en una zona llena de arrecifes y montañas submarinas. Sería un error olvidar eso... y que usted muriese aquí ahogado, ahora que tiene en sus manos la gran ocasión con la que siempre soñó el ser humano: casi una vida entera, o poco menos. La inmortalidad, con ciertos límites claro...

—Profesor, no sé cómo agradecerse.

—No diga tonterías. Ya le dije que estamos a la reciproca. Usted me salvó a mí también. Sin sus conocimientos de aquella base, expresados durante el estado de coma, jamás hubiera encontrado este minisub para salir del lugar condenado a la destrucción, amigo mío.

—Y ahora... ¿qué piensa hacer, una vez: estemos a salvo, lejos de aquí?

—Yo, posiblemente, volver a mi país y esperar que perdonen mi veleidad. Añoro mi Moscú natal, se lo confieso. Y nada puede ser peor que trabajar para *Spider*.

—Lo sé. Yo, en cambio, ignoro qué pueda hacer...

—¿No va a volver con sus compatriotas ingleses para seguir siendo un agente secreto? —se extrañó Ratoff.

—No lo sé. Han ocurrido cosas que me preocupan. Una mujer hermosa, en quien yo confiaba ciegamente, me traicionó. Por eso pudo herirme mortalmente ese horrible ser, Morgan Metal... Pero también hubo algo más que la traición de una mujer bonita. Hay cosas sobre mí que ni ella siquiera sabía. Y ellos, en cambio, estaban bien enterados. Sospecho que había un traidor en mis propias filas, entre la gente del Servicio de Inteligencia.

—Entiendo. Y eso le hace pensar que, tal vez, si vuelve con los suyos, ese traidor volvería a engañarle a la primera oportunidad...

—Así es. Sin embargo, si actúo por mí mismo, lejos de mis compatriotas, lejos de todos, amigos y enemigos... podría ser posible que acabase desenmascarando a ese canalla.

—¿Un agente secreto independiente? —Ratoff frunció el ceño—. Eso es nuevo, ¿no?

—Spider también es una Organización independiente. No sirve a nadie en particular. Sólo al mejor postor. Y es capaz de traicionar a

unos y otros. ¿Por qué no ser como ellos, actuar por propia cuenta, sin atenerse a códigos, leyes ni reglamentos? Sin jefes ni controles, sin misiones ordenadas por otros. Sólo contra todos, si es preciso. Pero con tal de acabar con *Spider* y con los traidores a mi país, estaría bien hecho.

—Es muy peligroso. Un hombre sólo carece de ciertos medios, es vulnerable...

—Pero escurridizo y difícil de localizar mediante traidores a sueldo —rió Lex—. Además, ¿qué me importa a mí ahora el peligro? Ya he muerto una vez, ¿no? Bien. En ese caso, todo lo que viva ahora será de prestado. Un regalo de la Providencia. No me importará correr riesgos. Tendré esa ventaja sobre ellos.

—No sé, tal vez tenga razón, Redmond —suspiró el científico—. Personalmente, no me tendrá nunca frente a usted. Voy a trabajar para mi país, pero en aquello que yo mismo elija. Nada de nuevas armas ni ingenios mortíferos. Sólo ciencia para el bien de todos. Si no volvemos a vernos una vez nos separemos, buena suerte en su nueva forma de reanudar su carrera profesional, Redmond.

—Gracias, profesor. Ya no seré

X-11,

al servicio de Su Majestad. Seré otra persona muy distinta. Un agente especial... *muy* especial. Un hombre que vuelve de la muerte. Eso es... Agente Muerte... Será mi nombre. Siempre que lo oiga pronunciar, sabrá usted que es Lex Redmond quién está detrás de esa nueva clave.

—Agente Muerte... —repitió el científico—. Sí, es un nombre muy adecuado para usted a partir de este momento...

CAPÍTULO III

Thorla Simmons salió de la piscina. Su hermoso cuerpo escultural, moreno hasta parecer bronce puro, chorreaba agua sobre las baldosas. El sol hizo brillar su suave vello sobre la piel tersa, suave y bronceada.

Caminó descalza hasta la franja de césped sobre la cual se asentaba la silla y mesa bajo el toldo multicolor. Se ajustó unas zapatillas doradas y una toalla amarilla enjugó el agua de sus hombros y vientre. Luego se tendió, para tomar el sol sobre la generosa porción de piel que su minúsculo bikini rojo dejaba el desnudo. Bajo el breve sujetador rebasaron los soberbios pechos macizos, exultantes y agresivos. La negra melena se desparramó, brillante de gotas de agua, sobre el respaldo del asiento de lona. Tomó un sorbo de refresco antes de entornar sus párpados y comenzar a recibir la caricia solar en su epidermis.

Alrededor de ella, estos jardines formaban un conjunto apacible, en torno a la casa de rojos ladrillos rodeada por la alta cerca de verja. El día era tibio y suave para estar en pleno verano, y la piel de la escultural mujer se estremeció levemente cuando una breve brisa fría le rozó de pasada. Pero no abrió los ojos siquiera, desperezándose luego al sentir otra vez el sol bañando dulcemente su cuerpo. Éste se relajó y movió sinuosamente sobre el asiento extensible, como una gata perezosa, plena de sensualidad y voluptuosa.

Cuando la sombra se interpuso entre ella y el sol, frunció el ceño con desagrado. La sombra persistía. Tal vez alguna nube pasajera, pensó abriendo sus ojos disgustada.

—Hola, preciosa. Sigues tan hermosa y deseable como siempre.

No era una nube. Thorla pegó un respingo, tratando de descubrir quién era el hombre cuya alta figura se interponía entre ella y la luz solar, como una nube posada sobre el césped. Su silueta,

recortándose contra el dorado resplandor, no le resultaba desconocida. La voz suave y fría, tampoco.

—¿Quién es usted? —quiso saber incorporándose airada—. ¡Si es intruso, márchese antes de que grite y acuda la gente de la casa!

—Querida, ¿tan mala memoria tienes que no recuerdas al hombre a quien juraste amor apasionado y sincero? —insistió la voz, calmosa.

Sintió un escalofrío mayor aún que cuando pasó aquella sutil brisa. Su carne dorada oscura se puso de gallina, sus pezones se endurecieron bajo el tenue tejido del sujetador escarlata.

—No... puede ser... —gimió, saltando de la silla de lona.

Él rodeó su posición. El sol de la tarde hirió su rostro con un centelleo. Ella gritó roncamente, llevándose una mano a la boca, repentina pálida su saludable y bellísima faz bajo los negros cabellos.

—¡Lex! —gimió, convulsa—. No, cielos, no... Tú... estás muerto...

—¿Eso crees? —rió él impávido, clavando en ella sus helados ojos grises.

—Dios mío... no puedes estar ahora aquí... —Casi sollozó ella, tratando de retroceder—. Sé que has muerto, que desapareciste lejos de aquí, en... en...

—Sí. En el Mar de los Sargazos, ¿verdad? En el refugio secreto de tus amigos de *Spider*. A manos de ese asesino sin conciencia llamado Metal Morgan... ¿Es eso lo que piensas? ¿Es lo que te dijeron? Acertaron. La base está destruida. Lex Redmond quedó dentro, agonizando. No podía salir. No podía moverse, estaba virtualmente muerto. Pero ya ves. Aquí está de nuevo. Volvió de la muerte, querida, para darte las gracias por tu lealtad, por tu sincero amor...

—Yo... yo no te traicioné, Lex... ¡Juro que no fui yo! —gimió ella, retrocediendo otro paso, seguida por él, de forma implacable.

—¿Quién iba a ser, si no? Sólo tú sabías que iba a entrar en la base. Y cómo iba a hacerlo. Me facilitaste los planos que, según tus palabras, robaste a tu amante, el riquísimo dueño de esta casa, el muy respetable Duncan Sheed, el magnate de la industria del acero... vendido, como tantos otros, a los bastardos intereses de *Spider* para enriquecerse aún más, provocando guerras locales y

conflictos internacionales donde poder vender a buen precio sus armas...

—Yo no avisé a Metal... Yo no te traicioné, tienes que creerme...

—Ya ves lo que ocurre: que no te creo. Ni una palabra. No intentes huir, querida. El Lex Redmond que ves ahora ante ti es muy distinto al de entonces. No conoce la piedad. El que ha muerto y vuelve a vivir, no perdona a quienes les engañaron. Ya ni siquiera soy Lex Redmond, sino el «Agente Muerte». Tu muerte, Thorla, bella y seductora falsaria, hermosa traidora sin conciencia...

Ella dilataba sus ojos aterrorizados, contemplando a aquella aparición increíble. Parecía realmente rota, vencida por el pánico y la incredulidad. Pero aun así, supo reaccionar a tiempo.

Inesperadamente, alargó un pie, apoyándolo en un pequeño disco metálico, apenas visible entre el césped. Había varios como aquél en el jardín aparentemente inofensivo de la mansión. De inmediato, en alguna parte, sonó la alarma pulsada por el desnudo pie de Thorla. Y Lex intuyó al ver el disco hundido en la hierba, bajo los dedos manicurados de la hermosa.

—Otra vez, ¿eh, traidora? —Silabeó duramente, aferrándola por los hombros con fiereza y zarandeándola sin miramientos, con su rostro endurecido como si fuese una talla en piedra—. Tus trucos ya no pueden sorprenderme, recuérdalo. Sé la clase de bella víbora que eres...

Y giró la cabeza hacia la casa, viendo avanzar hacia ellos a cuatro hombres de negro suéter de cuello alto y pantalones de igual color, provisto cada uno de ellos de una ligera pistola ametralladora de larga culata y cañón provisto de silenciador. Se movieron hacia la pareja desplegándose de forma que quedase entre cada uno de ellos una amplia distancia. Parecían fríos y eficientes como máquinas. Thorla, más aliviada, rió burlona, entre las manos crispadas de su oponente.

—¿Qué piensas hacer ahora. Lex? —preguntó burlona—. ¿Matarme y morir a cambio? ¿O escapar antes de que sea demasiado tarde para ti?

—Ni siquiera mereces morir a mis manos —dijo él, despectivo, dándole otro zarandeo, antes de arrojarla al césped—. Eres una vulgar ramera de apariencia sofisticada y alma de mujerzuela de la peor condición.

Ella rodó por la hierba, su sujetador se enganchó en alguna parte, y se desgarró, dejando los pechos magníficos de la hembra palpitando desnudos ante los ojos indiferentes de Lex. Ella, al verse semidesnuda, se irguió, desafiante, de modo que ambos senos se proyectaran deseables hacia el agente secreto.

—Lex, aún puede arreglarse todo... —susurró—. Soy tuya. A cambio, retiraré a mis hombres con una sola orden. Podemos ser felices de nuevo...

—¿Para luego venderme a tus esbirros? No, querida. Ya te conozco demasiado. Tus artes no sirven para mí en esta ocasión, lo siento de veras.

—¡Cerdo! —jadeó ella, airada, con ojos relampagueantes—. ¡Te haré matar, ellos no tendrán piedad de ti!

—Ya lo veremos —rió Lex, mirando fríamente a los cuatro hombres armados, que se le aproximaban formando un cerco perfecto, y estaban ya a menos de cincuenta yardas de su persona.

Luego, fue él quien entró en acción de modo imprevisible para todos.

Si esperaban que Redmond desenfundara un arma para encararse a cuatro armas sumamente peligrosas que le apuntaban por todos lados, se equivocaron totalmente, incluyendo a la hermosa Thorla.

Lo que Redmond hizo fue totalmente inesperado y sorprendido.

Pulsó con celeridad sus piernas, a la altura de la rodilla. Un sonido sibilante escapó de sus piernas... ¡y salió disparado hacia la altura como un proyectil, dejando tras de sus pies dos llamaradas sordas y humo oscuro! Como si llevase reactores adheridos a los tacones de sus zapatos, Lex Redmond sobrevoló en cuestión de décimas de segundo las cabezas de sus atónitos adversarios, y dominó así la situación, a cosa de siete u ocho yardas por encima de ellos, mientras el zumbido de sus extraños zapatos-turbina resonaba en todo el jardín.

Desde el aire, sus manos empuñaron algo que arrojó contra los cuatro enemigos. Una de sus manos hizo caer entre dos de ellos un objeto. Y otro entre tercer y cuarto pistoleros.

Apenas golpearon el suelo, de blanda tierra y jugosa hierba, estallaron silenciosamente. Y una súbita humareda amarillenta envolvió a los cuatro adversarios, cuando ya alzaban sus armas

hacia Lex, saliendo de su inicial estupor.

Llegaron tarde. Apenas les tocó la nube gaseosa, se quedaron rígidos, sus dedos dejaron de presionar el gatillo de sus pistolas ametralladoras de silencioso disparo y cayeron en la hierba, totalmente inmóviles, como petrificados, y presa de aquella extraña rigidez que les hacía parecer congelados. Thorla tampoco escapó a los efectos de esa nube, que la envolvió por completo fugazmente, convirtiéndola en estatua de carne y hueso, con sus enhiestos pechos más rígidos que nunca.

De inmediato. Lex accionó el resorte oculto en sus rodillas, bajo el pantalón, y descendió suavemente, mientras se reducía la presión de las turbinas ocultas en sus zapatos. Apenas tocó el suelo, contempló a sus cinco víctimas fríamente. Sonrió de modo extraño y duro.

—Soy mucho más piadoso que vosotros —silabeó—. Puede haberos matado y no lo hice. Los inventos del profesor Ratoff funcionan perfectamente, a lo que veo. Zapatos turbo-reactores, cápsulas de gas paralizante... Espero que todos los demás recursos de que me dotó mi buen amigo moscovita resulten tan eficaces como éstos... Adiós, Thorla. Ahora ya sabes que he vuelto. Pronto lo sabrá también *Spider*.

Y empezarán a sentirse mucho menos seguros de sí mismos... empezando por tu querido amante, el magnate Duncan Sheed, el propietario de esta lujosa mansión puesta a tu disposición por los servicios prestados en la cama... y fuera de ella.

Se alejó tranquilamente, en dirección a la verja que escalara poco antes fácilmente, con ayuda de unos guantes singulares, de material aislante, que comenzó a ponerse de nuevo mientras caminaba. Aquellos guantes impedían que la alta tensión existente en la parte alta de la verja pudiera afectarle, actuando como aislantes perfectos. Otra maravilla del ingenio científico del profesor Ratoff, su amigo ocasional de la base secreta de los Sargazos.

Duncan Sheed contempló gravemente a sus dos compañeros de viaje.

Estaban sentados todos ellos en una canoa a motor que hendía las aguas azules de la bahía de San Francisco, como una embarcación deportiva más. Conducía un hombre silencioso, de suéter negro, de cuello alto, y pantalón también negro.

—Insisto en que tiene que ser verdad. Thorla no hace más que repetirlo una y otra vez.

El hombre de la mandíbula y la mano metálicas entornó los ojos, que parecieron dos ranuras centelleantes y frías. Meneó la cabeza negativo.

—No puede ser, Sheed —rechazó—. Debe tratarse de un «doble». O de la imaginación de esa mujer, Lex Redmond ha muerto. Yo le acribillé los pulmones y perforé su estómago. Sé hacer las cosas. Jamás me ha fallado con nadie. Estaba virtualmente muerto cuando le dejé. Sólo era cuestión de unas horas de agonía. Ningún médico en el mundo podría no ya sólo salvarle, sino ni tan siquiera prolongar su vida más de ese plazo.

—Pues Lex Redmond estuvo en nuestra casa de Los Ángeles —repetió sordamente Duncan Sheed—. Insisto en ello. Había señales de quemaduras en la hierba, mis hombres sufrieron una extraña parálisis de varias horas, apenas se vieron rodeados por el gas que aquellas cápsulas liberaron. Y el hombre que se las arrojó podía *votar*, remontó el vuelo ante sus propios ojos, mediante unas turbinas en sus pies, y les atacó desde el aire. Su desorientación encaja perfectamente con lo que afirma Thorla: era Lex Redmond.

—Imposible —protestó Metal Morgan, apartando su brazo de la borda para no sufrir las salpicaduras del agua que pulverizaba la motora en su marcha, precisamente en su miembro de metal. Y añadió, rotundo—: Lex Redmond está muerto. Puedo jurarlo.

—¿Cómo pudo salvar ese hombre, fuese él o no, la verja electrificada? —indagó suavemente el tercer viajero de la lancha, mirando fijamente a Sheed.

—Diablos, no lo sé —se quejó el magnate del acero—. Como tampoco sé qué significa eso de poder volar y usar gas paralizante. Esos métodos no son normales en ningún agente secreto. Parecen cosa de ciencia-ficción, caballeros.

—Admitamos que Lex Redmond vive y que, además, posee métodos sorprendentes de lucha —suspiró el tercer hombre. Se volvió despacio a Metal y silabeó—. En ese caso, tú habrías fallado, eso es evidente. Morgan.

El hombre de la faz semi metálica crispó su gesto. Crujieron las mandíbulas aceradas. La voz resonó hueca, con aquella siniestra inflexión metálica.

—Eso no, señor. Es imposible fallar tres disparos a bocajarro. Le vi sangrar en abundancia, vomitaba sangre... Y tenía perforados intestinos y pulmones... Él mismo sabía que se movía.

—Un hombre herido así no hubiese podido ni siquiera intentar salir de la base, antes de ser volada con los misiles. Yal —respondió Sheed en ese punto, dirigiéndose al hombre que parecía tener más autoridad en aquella reunión en alta mar, lejos de toda posible escucha o espionaje.

Yal Yomar, el eurásico que dirigía las acciones de *Spider* en Occidente, torció el gesto. Su faz de oblicuas facciones, palidez algo amarillenta, y cabello intensamente negro, como lacado, reflejaron la crueldad y astucia que habían hecho de él uno de los hombres más temibles en los ambientes internacionales del espionaje, las acciones secretas y las intrigas internacionales.

—Mi querido Sheed, el hecho es que todo da a entender que Lex Redmond vive. Y eso significa solamente una cosa, ocurriese lo que ocurriese: el fracaso de Metal Morgan en la tarea asignada. Debiste comprobar su muerte, no esperar a que agonizase lentamente, sólo por complacerte en su dolor. Era lo más práctico.

—Pero, señor, es que estaba virtualmente muerto... No puede ser él, estoy seguro.

—Thorla dice lo contrario —manifestó glacialmente Yal Yomar en su suave, untuoso tono, agitando su cuerpo gordinflón, de Buda viviente, en el asiento angosto de la canoa deportiva—. Y también los guardianes de la finca de Sheed. ¿Qué tienes que decir a eso?

—No sé. Puede tratarse de un sosias de alguien parecido a él, que el Servicio Secreto británico haya puesto a trabajar para confundirnos —sugirió Morgan, esperanzado.

—Es una teoría factible, Yal —apoyó Sheed—. Yo mismo podría suscribirla.

—¿Y Thorla? ¿Puede? —sugirió Yal, malévolo, enarcando sus cejas.

—No sé... Supongo que ella, dado su papel en todo esto, al traicionar a Lex, pudo sentirse impresionada por un simple parecido, por alguien que pretendía hacerse pasar por el verdadero Redmond.

—Está bien, admito que eso es posible —resopló Yal, temblándole blandamente la gelatina pálida de su carne fofa—.

Pero habría que comprobarlo cuanto antes mejor. Y sabemos muy bien *cómo*, ¿no es cierto, Morgan?

—Naturalmente, señor —sonrió Metal, aliviado—. Bastará con informara nuestro hombre en Londres. Él, que forma parte del propio Servicio de Inteligencia de Su Majestad, tiene que saber si el Gobierno británico dispone de un «doble» perfecto de Lex Redmond.

—Y que se hace llamar «Agente Muerte» —silabeó Sheed—. Eso repite constantemente Thorla desde entonces. Él dijo esa frase según ella.

—¿«Agente Muerte»? —repitió Metal, frotándose su mentón metálico con la mano del mismo material, lo cual produjo un extraño y agrio sonido chirriante en la canoa, sobre el fondo de la aguas que rugían al ser partidas en dos por la blanca proa de la embarcación—. Puede ser el nuevo nombre codificado de ese falso Redmond puesto en circulación por los Servicios Secretos ingleses...

—Más vale que sea así. Morgan, o me enfadaría mucho contigo —silabeó suave, glacialmente, el siniestro Yal Yomar, arrellanándose en su asiento como una enorme bola de sebo vestida enteramente de hilo color crudo—. Mucho, tú lo sabes...

Pálido, Metal asintió, desviando su mirada del temido jefe *de Spider en* los países occidentales. La canoa siguió su marcha por el azul Atlántico, de regreso a la costa.

CAPÍTULO IV

Sir Q., director de Servicios Especiales del *Intelligence Service*, contempló ceñudo a sus dos interlocutores, en pie delante de él en el amplio y confortable despacho de aquel último piso del edificio londinense destinado a los servicios secretos del Gobierno de Su Majestad. Su gesto era algo desabrido y hosco.

—Señorita Whitman, la hice llamar para que escuche lo que nuestro agente. Frank Colé, del «Grupo Especial X», tiene que decirnos.

Doris Whitman, la delgada, madura y eficiente secretaria de Sir Q., enarcó sus pelirrojas cejas, volviendo su flaco rostro de dama típicamente británica, hacia el joven y atlético Frank Colé, Agente Secreto X-23, y antiguo camarada de Lex Redmond, pese a su juventud.

Éste se peinó distraídamente sus rubios cabellos con los dedos de su diestra, y habló calmoso, la azul mirada perdida en el vacío:

—Por extraño que esto suene, señorita Whitman, Lex Redmond ha hecho acto de presencia en dos lugares, que yo sepa.

—¿Lex Redmond? —Ella pestañeó, perpleja—. ¡Imposible! Está muerto...

—Es lo que yo dije. Pues bien, mis informadores, personas de todo crédito, insistieron en ello —dijo Colé secamente—. Han visto a Lex Redmond en Los Ángeles. Atacó a la gente del magnate del acero y de las armas. Duncan Sheed, y a su amante. Thorla Simmons.

—Thorla Simmons figura en el dossier Redmond —recordó la prodigiosa memoria burocrática de la eficiente señorita Whitman—. Se sospecha que fue amante de Redmond en sus últimos días, y pudo haberle traicionado, vendiéndole a *Spider*.

—Exacto —corroboró Colé, hundiendo sus manos en los bolsillos—. Me consta, según fuentes de fiar en los Estados Unidos, que

Redmond reapareció y les dio un buen susto, dejándoles a todos inmovilizados con un gas misterioso. Luego desapareció. Da la impresión de que la electrificación de la verja que circundaba el lugar no fue problema para él. La salvó para entrar y salir, sin dificultad alguna y sin ser cortada la corriente.

—Eso es muy extraño —dudó la secretaria de Sir Q.

—Es lo mismo que he dicho yo —confirmó con voz rotunda el jefe de servicios especiales del *Intelligence Service*—. Pero eso no es todo, señorita Whitman. Siga. Colé, por favor.

—Muy bien —el joven paseó por el despacho sin que sus zapatos produjeran el más leve ruido en la espesa alfombra—. Lex Redmond ha sido visto una segunda vez en San Francisco de California, días después de lo sucedido en Bel Air, en Los Ángeles. En esta ocasión, fue Gunnar Lindstrom, un sueco nacionalizado americano, quien recibió la visita de Redmond. Todos sabemos, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, que Lindstrom es un personaje importante en el mundo del tráfico de armas, aunque nunca haya habido pruebas contra él. Recientemente se interceptó una enorme remesa suya, de armas modernas, con destino a un país centroamericano a punto de estallar en una feroz guerra civil. Hay sospechas de que Lindstrom colabora estrechamente con los servicios de *Spider*: para provocar conflictos bélicos en cualquier parte del mundo que interese a sus clientes. Lex Redmond le visitó inesperadamente, y le advirtió de que conocía todos sus datos personales cifrados, que había conseguido en la base secreta de los Sargazos antes de morir.

—*Antes de morir...* —repitió Doris Whitman, perpleja—. ¿Él usó esas palabras?

—Exactamente, según me consta —sonrió Colé—. Extraño, ¿no? Amedrentó tanto a Lindstrom, que éste ha desaparecido de los Estados Unidos y se ignora su paradero. Además, le dijo algo que también había mencionado antes a Thorla Simmons: que él no era ya Lex Redmond... sino el «Agente Muerte».

—¡«Agente Muerte»! —repitió la señorita Whitman—. Eso es asombroso... ¿Seguro que se trata de él y no de un doble más o menos perfecto, señor Colé?

—Para eso requerimos su ayuda, señorita Whitman —sonrió Sir Q.—. Hurgue en su archivo, que nadie conoce mejor que usted.

Facilítenos los datos de Redmond. Ya sabe: huellas dactilares, datos antropométricos y todo eso. Colé ha logrado de uno de sus informantes en los Estados Unidos las huellas del visitante de Lindstrom en San Francisco. Si coinciden con las de nuestro fichero, no habría duda alguna sobre la identidad del «Agente Muerte».

—Pero Redmond, de estar vivo, hubiese vuelto a Londres, a esta casa... —objetó Doris Whitman, sorprendida.

—Es lo que yo he pensado —afirmó *Sir Q.*—. Por eso quiero salir de dudas. No me gustaría que un hombre como Redmond viviese... para trabajar al servicio de otros que no fuéramos nosotros...

—Está bien —afirmó Doris Whitman—. Le traeré de inmediato el *dossier* de Lex Redmond, y confrontaré los datos con los que ha conseguido el señor Colé en América... La computadora no podrá engañarnos en eso.

—Exactamente, señorita Whitman. En eso confío.

La secretaria abandonó el despacho. *Sir Q.* y Frank Colé se quedaron solos. Cambiaron una mirada reflexiva. El rubio y joven agente especial contempló desde una ventana la vista de City of Westminster que se dominaba desde allí en un nuboso y tradicional día londinense.

—Si Redmond vive y no ha vuelto a Inglaterra es porque algo le obliga a ello —dijo Colé gravemente.

—¿Qué podría ser ello? —dudó *Sir Q.*, perplejo.

—No lo sé. Tal vez una *traición*.

—¿Traición? ¿Dónde?

—Aquí mismo, en el Servicio de Inteligencia.

—¡Aquí! Eso es un disparate. Colé. Todo el mundo aquí es de confianza...

—También lo son en la CIA. Y en la KGB soviética. Sin embargo, en ambos organismos tengo confidentes que trabajan para nosotros...

—Eso es cierto —admitió *Sir Q.*, rascándose los cabellos escasos y canosos—. Será preciso estar alerta, vigilar a todo el mundo... y esperar que se descifre ese misterio en torno al «Agente Muerte». Si es Redmond, ¿qué puede estar intentando ahora?

—Algo muy simple —sonrió Colé—. Terminar él sólo con *Spider*.

Lex Redmond fumó lentamente uno de sus cigarrillos de boquilla dorada y aromático sabor. Era su habitual marca de tabaco, y la

elaboración era exclusiva, encargada por él a la firma Rothmans de Londres desde hacía años. Aquél era uno de los hábitos que su nueva existencia no había variado lo más mínimo. Después de todo, él seguía siendo Lex Redmond a todos los efectos. Sólo *algo* en su persona no era como antes. Ese «algo» era su propia forma de vivir, la razón suprema de su segunda existencia después de haber muerto clínicamente en una base submarina del Atlántico Norte.

Contempló el lugar donde se hallaba. Era paradisíaco.

Sin embargo, la muerte estaba agazapada en algún punto de aquel aparente y bello paraíso de millonarios, magnates y mujeres hermosas. Lo sabía. Pero aun sin saberlo, hubiese podido intuirlo. Tenía una facilidad muy especial para olfatear la muerte dondequiera que ésta se hallara. Y ahora más aún, tal vez porque la Parca era, en cierto modo, su oculta y celosa compañera.

Las aguas brillaban como un espejo azul, destellando sobre su superficie los ramalazos suaves e irisados de los rayos solares reverberando en su cristal acuoso y limpio. Sobre esa superficie levemente removida por las olas apacibles se mecían balandros, canoas a motor, yates pequeños o grandes, formando un conglomerado blanco, deslumbrante, que hablaba de lujo, placer, riqueza. Como sucedía en todos los grandes embarcaderos deportivos del mundo. Y aquél, en plena Costa Azul, asomado como un balcón impoluto al azul del Mediterráneo, era uno de los mejores del mundo. Yates del Aga Khan, de Onassis y de otros grandes magnates universales habían permanecido amarrados allí en el pasado. Ahora, las embarcaciones de lujo de los magnates del petróleo, de los grandes financieros y de los productores de cine o los escritores de voluminosos y horribles *best-sellers* mantenían en aquel idílico puerto francés sus embarcaciones placenteras, verdadero alarde marítimo de suntuosidad y de riqueza, no siempre compaginada con un mínimo de buen gusto o de estética.

Entre todos los barcos anclados allí y dedicados al placer de sus opulentos dueños, ninguno como el *Golden Shark*. Era realmente increíble. Tan fastuoso como de pésimo gusto.

Pero aquel yate podía valer varios cientos de millones incluso calculando a *grosso modo*.

Tenía el casco dorado. Era el único buque allí anclado con ese detalle de muy dudoso gusto. Color oro puro, brillando como una

moneda de cien dólares al sol mediterráneo. Despertaba sorpresa en los curiosos y casi todo el mundo lo fotografiaba o filmaba, bien desde un patín acuático, una canoa o desde el embarcadero. Aparte su dorada presencia, el yate era realmente amplio y de lujurioso aspecto. Su nombre era otro detalle de mal gusto, a juicio de Lex. A ningún marino decente le gusta que le nombren el tiburón, como a ningún supersticioso jugador le gustaría que le dieran en el guardarropa de un casino la chapa de resguardo número trece o a un torero español le nombrasen la culebra antes de entrar a la plaza.

Sin embargo, aquel yate tenía su nombre claramente grabado en grandes letras en relieve, de un dorado más intenso y oscuro, sobre la proa del buque: *Golden Shark*^[1]

—Tal como dijo Lindstrom en San Francisco —meditó Lex Redmond, hablando consigo a medio tono, en un monólogo muy personal e íntimo—. Un horrible pero costosísimo buque de color oro, que simboliza el poder del dinero y de la fastuosidad, al servicio del pésimo gusto de los nuevos ricos...

Meneó la cabeza con aire reprobador. Se dijo que un caballero británico jamás poseería una embarcación tan dudosamente distinguida ni aun teniendo todo el dinero del mundo. Pero no podía esperarse demasiado de un nuevo rico que había tenido en el petróleo su fuente de riquezas inconmensurables, a causa de la crisis energética de los pasados años.

Caminó por el embarcadero, dirigiéndose a dónde se hallaba situada la canoa a motor que acababa de alquilar. Iba pensando en Gunnar Lindstrom, el sueco nacionalizado americano a quien visitara en San Francisco. El conocido traficante de armas en gran escala, proveedor de insurrectos militares y de grupos terroristas más o menos importantes, había sufrido un gran susto al oírle hablar en su lujosa finca de San Francisco, exactamente situada en la mejor zona residencial de Oakland. Los datos que obtuviera en la base secreta de los Sargazos surtieron su efecto al serle vertidos al estupefacto y aterrado Lindstrom. Y, como esperaba, éste cantó antes de desaparecer, tan asustado por él como por las posibles represalias de *Spider*.

Uno de los que habían sido provistos de armas por el tal Lindstrom había sido precisamente Sheik El Alahi, el jeque árabe

que recientemente diera su golpe de Estado en el Golfo Pérsico, adueñándose de un emirato en una sangrienta sublevación contra el poder establecido, gracias al apoyo chiita y a la colaboración de la siniestra Organización *Spider*.

Ahora, Sheik El Alahi, ante el temor de sus vecinos del Golfo Pérsico, era amo y señor de un rico emirato que servía enormes cantidades de crudo a Occidente, mientras el anterior Emir se pudría en los calabozos, esperando la ejecución, y sus leales eran perseguidos y exterminados por los dirigentes religiosos convertidos en ministros y altos cargos por el insurrecto.

Y aquel barco, el *Golden Shark*, era propiedad precisamente del jeque Sheik El Alahi.

Salió del puerto con su canoa, hendiendo las azules aguas con la proa de la misma, y pasó vertiginosamente cerca del yate árabe. Pudo ver nítidamente a los hombres armados del jeque, montando guardia a bordo, con sus armas automáticas de moderna factura y sus prendas de tela a la usanza árabe sobre sus cabezas. Sin embargo, a bordo se celebraba una fiesta. También pudo distinguir a mujeres en reducido bikini y a hermosas modelos paseando por la cubierta, en su exhibicionismo procaz, poco acorde con el ascetismo árabe y sus doctrinas religiosas. Lex sonrió. Sabía que los individuos como Sheik El Alahi presumían de rigor religioso y de fanatismo islámico en su vida pública, pero privadamente caían en la fácil tentación de lo corrupto y de lo libertino.

Pese a su interés por el yate color oro, no era aquél su objetivo concreto en su viaje a Europa bajo una falsa identidad. Su pasaporte, su documentación toda en estos momentos, perfectamente falsificada por personas a quienes conocía y que eran capaces de engañar a cualquiera con sus productos falsificados, respondía a la identidad de un caballero canadiense, de nombre Paul Lyndel, y de profesión comerciante de obras de arte. Su cabello teñido de un tono más rubio, su barbita recortada y sus espejeantes gafas de sol, unido a ciertos rellenos en su impecable traje *beige* de hilo, le daban un aire totalmente distinto. Sabía que no hubiera podido, sin embargo, engañar a sus colegas británicos del Servicio Secreto, pero confiaba en que no se encontrase con ninguno de ellos en la Costa Azul o en la Riviera. Después de todo, aquélla era una pista que sólo él podía tener, gracias a la medrosa confesión de

Lindstrom en San Francisco de California.

Quedó atrás el dorado yate árabe. Lex enfiló hacia alta mar, donde otro yate, más pequeño y totalmente blanco, se mecía mansamente en el oleaje suave del mediodía. Ése sí era su objetivo.

El pequeño yate —lo de pequeño era sólo en relación al *Golden Shark*, ya que se trataba también de una respetable embarcación de al menos sesenta metros de eslora—, se llamaba *Seagulf*, lo cual era mucho más correcto y marinero^[2]. A bordo también podía advertirse animación y los ecos de músicaailable llegaban hasta él por encima incluso del ronquido del motor de su canoa.

Alcanzó la vecindad del yate blanco, rodeándolo con un largo festón de espuma parecido a una blanca rúbrica sobre el papel azul ondulante del mar. Y en ese momento, enfiló con su proa la plataforma marítima, sin tiempo casi para eludir el choque, ya que la misma flotaba justamente al volver la popa del *Seagulf*.

Rápido, Lex maniobró en el volante de su canoa, desviándola en el preciso momento en que iba a impactar con la plataforma azul y blanca donde reposaban varias mujeres semidesnudas, tendidas al sol. Ninguna de ellas llevaba la pieza superior del bikini. La desnudez de sus generosos pechos, bronceándose bajo el astro del día, era un espectáculo digno de contemplar, pero Lex no tuvo tiempo de ello, cuando su canoa giró violentamente, y acabó por volcar de forma aparatosa, no lejos de la plataforma-solárium, en la que las ocupantes se incorporaron, gritando alarmadas, aunque sin hacer la menor señal de cubrir sus senos desnudos con las manos.

Lex saltó al agua, evitando ser golpeado por la canoa volcada, y nadó en la superficie, entre el oleaje revuelto por el naufragio. En la plataforma, una de las mujeres agitó los brazos, se inclinó sobre el borde y le alargó una mano ostensiblemente, gritándole algo que no pudo oír entre los ecos de la música de a bordo, el ronquido sordo del motor sumergido y el chapoteo del agua en torno a su cuerpo.

Alcanzó sin embargo el borde de la plataforma y aceptó la mano tendida, para subir a bordo, resoplando. Por fortuna, su barbita estaba adherida con una goma especial, a prueba de agua y de muchas otras cosas, y resistió. En cambio, notó muy mojados bajo su tejido de hilo, los rellenos del traje. Aun así, se tendió sobre la plataforma, jadeante, fingiendo sentirse agotado por el esfuerzo. Varias hermosas mujeres se inclinaron solícitas sobre él. Todas

lucían unos pechos macizos, exultantes, que colgaban sobre él como bronceados frutos apetitosos.

—Gracias —jadeó—. Gracias, adorables criaturas. ¿He muerto acaso, y acabo de penetraren el mismo Edén?

Ellas rieron con voces cristalinas, como auténticas sílfides o náyades de leyenda. Le miraban entre curiosas y provocativas. Le sorprendió su estatura, generalmente muy elevada. Cualquiera de ellas rozaba si no pasaba, el metro setenta.

—Está vivo y bien vivo. Pero pudo habernos matado a todas y matarse usted mismo, por rodear tan imprudentemente el yate —le reprochó una voz dulce, melosa, pero particularmente severa en el tono.

Miró a la que le había alargado el brazo para ayudarle a subir a la plataforma. Era ella la que había hablado. Era más alta que las otras, tal vez alcanzaba el metro setenta y cinco. Llevaba tacones, un hombre corriente hubiera resultado ridículamente pequeño a su lado. Por fortuna, Lex no tenía ese complejo, gracias a sus largos seis pies de estatura^[3]. Aun así, ponderó con sorpresa la envergadura física de aquella sílfide rubia.

Porque, ciertamente, si alguna mujer merecía ser calificada de «rubia» en el mundo, ésta era sin duda el ejemplo más vivo imaginable. Era rubia, intensamente rubia. La mujer más rubia que Lex viera jamás, y eso que conocía bien Escandinavia.

El pelo era casi blanco, pero no era albina. Sencillamente, era un rubio deslumbrante y natural. Tan rubias eran sus cejas y pestañas, pero con reflejo dorado que impedía ese blanco desagradable de los albinos. Los ojos intensamente verdes, el vello tenue de su bronceada piel era como una pelusa de melocotón de un dorado intenso, y el pubis, rebosando ligeramente su minúsculo monokini rojo, era de un dorado blanquecino y brillante. En conjunto, rubia total, absoluta, apabullante. Eso, unido a la turgencia de sus soberbios, erectos y generosos senos, bailando vibrantes al aire libre, con las gotas de rocío que fingía el agua salina, las caderas cimbreadas y acentuadas, las breves caderas, los largos muslos, las pantorrillas finas, las nalgas redondeadas y macizas, constituían en conjunto un perfecto combinado de mujer sensual, seductora, deslumbrante y capaz de poner en tensión al hombre más frío.

—Perdone mi error —se excusó humildemente Lex—. Creo que

le debo la vida.

—No exagere —sonrió ella, algo más amable—. Se iba a salvar por sí mismo perfectamente. Nada usted muy bien. ¿Quiere quitarse las ropas?

—No, gracias —rechazó Lex vivamente—. Se secarán al sol.

—Pueden secarse fuera de su cuerpo —opinó ella—. No vamos a escandalizarnos en absoluto por ver a un hombre desnudo, se lo garantizo.

Las demás mujeres, en total unas siete u ocho, asintieron entre risas. Lex las miró risueño.

—Aun así, prefiero que se seque encima —dijo—. Con este sol, en menos de media hora estaré totalmente seco.

—Nada de eso —rechazó vivamente la rubia—. Subiremos a bordo, a mi yate. Le proporcionaré otras ropas, aunque no sean a su medida. Y mientras, se secarán éstas. No es saludable lo que usted pretende. Vamos, le podré servir algo reconfortante a bordo, y mis hombres volverán boca arriba su embarcación en pocos minutos.

Lex aceptó con una afirmación, y la rubia se irguió, llevándose un silbato a los labios. Lo hizo sonar agudamente tres veces. Del yate lanzaron una escala por la borda. Las jóvenes subieron a bordo, dejando flotar la plataforma vacía, tras imitarlas Lex Redmond.

Una vez arriba, el agente comprobó que el personal del yate no era como el del *Golden Shark*. Ninguna llevaba armas. Eran marineros vestidos de color claro, con aspecto vulgar. Le condujeron a una cámara y le trajeron ropas secas. Él se quitó las suyas, y extrajo los rellenos de sus compartimentos entre los forros, aprovechando que estaba a solas. Por fortuna, esos rellenos eran impermeables. Pudo ajustarlos a su nuevo traje y se puso éste, algo ajustado pero tolerable.

Salió a cubierta. Las chicas seguían mostrando su desnudez de torso con total indiferencia, pero esta vez eran una docena al menos. Las que se habían unido a ellas eran tan altas y bien formadas como las otras. Calzadas con tacones, resultaban realmente impresionantes en su majestuosa belleza y envergadura.

Lex las miró algo aturdido. La rubia apareció, sonriente. Ella sí se había cubierto los pechos con una camisa de tejido dorado, anudada sobre el estómago. Zapatos también dorados, de alto tacón, realzaban aún más su escultural figura. Era una hembra capaz de

quitar el aliento incluso a un experto como Lex Redmond.

—Así está mejor, aunque el traje le sienta mal —sonrió ella, mirándole—. Me llamo Goldie Munro y soy la dueña de este yate, ya se lo dije antes.

—Yo soy Paul Lyndel, del Canadá —explicó Lex—. Me especializo en el comercio de obras de arte, pero nunca vi ninguna otra como usted.

—Eso es un cumplido bastante original, señor Lyndel —aceptó ella, risueña—. ¿Qué va a tomar? ¿Algo frío o algo que le haga entrar en calor?

—Pese al sol, prefiero el calor ahora —sonrió Lex—. Un *whisky* irá bien, gracias.

—Entonces serán dos —dijo Goldie con un suspiro—. Es un buen aperitivo antes del almuerzo. Supongo que comerá con nosotras a bordo...

—Cielos, eso va a ser demasiada molestia —miró por la borda—. Veo que mi canoa ha sido ya puesta a flote normalmente. Una vez secas mis ropas, me iré.

—Ya dispuse todo para que comiera conmigo —objetó ella—. No puede negarse ahora, se lo ruego.

—Está bien, me quedo. Gracias por la invitación —la miró, curiosa—. Dígame, ¿es que el oro es su obsesión, como la del rey Midas?

—¿Lo dice por mi nombre o por mi pelo y mis ropas? —rió ella.

—Por ambas cosas, claro^[4]. Sólo le faltaba tener un yate dorado, como aquél —y señaló al *Golden Shark* del jeque árabe, visible en la distancia con su extraño resplandor dorado.

—Cielos, no. Es un yate horrible. Alardea de riquezas incluso en el color. Yo, realmente, no amo el oro, sino su color. Tal vez porque mis padres me pusieron Goldie, me condicionaron con ello. Pero lo cierto es que me sienta bien ese color, empezando por mis cabellos. Le aseguro que su tinte es del todo natural.

—Lo sé. Un color maravilloso. Ni en Suecia o Noruega vi nunca nada igual.

—Mi padre tuvo una madre sueca —sonrió la joven—. Tal vez ésa sea la causa de mi color de cabello y piel. Le sorprenderá que tenga un yate lleno de tantas chicas bonitas, ¿no?

—Pues, sí, la verdad. Esto parece un harén.

—Sin sultán a bordo —rió ella de buen humor—. Tiene razón. Todo son mujeres. Y como ve, mi tripulación se muestra siempre respetuosa y a distancia. Es norma obligada aquí, o se produce despido inmediato. Y yo pago demasiado bien para que deseen perder el puesto. Le explicaré el misterio. ¿Ha oído hablar alguna vez de *Gold Glamour*?

—La verdad, no. Nunca. ¿Eso es algún perfume acaso?

—Acertó casi del todo. Es un perfume, una forma de moda, un estilo de elegancia, una publicación especialista y una firma comercial, todo en una pieza. Como Dior o Chanel en Francia, como Revlon o Stendhal en América... *Gold Glamour* es mi firma comercial. Produzco perfumes, vestidos de alta costura, moda en general, encendedores y pitilleras, ador nos masculinos o femeninos, y edito una revista de moda para la mujer, al estilo del viejo *Vogue*, destinado únicamente a dar publicidad mundial a mis productos, y que se publica en ocho idiomas distintos.

—Me deja anonadado —murmuró Lex—. Es usted demasiado joven para resultar la ejecutiva y propietaria de una empresa de tal envergadura, señorita Munro.

—Llámeme Goldie simplemente, señor Lyndel. Me gusta más así. Sí, admito que sorprende a algunos mi juventud para una labor semejante. Pero mi padre fue el creador de la firma. Al morir él en accidente aéreo, me quedé como única dueña de la firma. Y he sabido seguir adelante con su labor, impulsándola incluso más.

—Me asombra usted, Goldie.

—Es muy amable. Acaba de caer usted en uno de mis viajes periódicos en los que diseño nuevas modas, ideo campañas publicitarias y todo eso. En tales casos, acostumbro a viajar rodeada de mis mejores modelos, para probar en ellas mis creaciones de última hora. Luego, antes de volver a los Estados Unidos, siempre hago una exhibición previa en París, en Niza o en Roma, para la alta sociedad europea.

—Sí, comprendo. Ahora tiene sentido esta especie de harén de mujeres tan hermosas como de elevada estatura. Pero usted podría ser la mejor modelo de todas.

—Gracias. De hecho, soy también mi propio modelo antes de pasar mis ideas a las demás. Siempre me gustó esa profesión, pero sólo puedo ejercerla por placer y para mí misma y mis compañeras.

No acostumbro a desfilas yo en las exhibiciones de mi moda, sinceramente. Ahora, pasemos a mi camarote, señor Lyndel. El almuerzo nos espera.

—Iré encantado, con la condición de que me llame a mí también de un modo más familiar. Paul es un nombre bastante bonito, ¿no cree?

—No está mal —sonrió Goldie, colgándose de su brazo—. Vamos a comer, Paul.

CAPÍTULO V

Lex Redmond despertó.

Su primera impresión fue de ira y de contrariedad. Se maldijo por estúpido, y miró en torno, ceñudo, tras comprobar que no podía moverse.

Las ligaduras eran sólidas y sujetaban sus brazos y piernas. Estaba tendido en un camarote no muy amplio, cuyo ojo de buey aparecía tapado por la contraventana de metal bien ajustada. No había nadie con él.

La trampa había sido perfecta. Y él había caído en ella como un estúpido.

El *whisky bourbon de aperitivo, el almuerzo exquisito, los buenos vinos...*

Los vinos, claro. Alguno de ellos tenía algo narcótico. Recordaba vagamente que ella no había llegado a probar el champaña con el faisán a la gelatina. El champaña fue, no había duda. Luego, de repente, el sopor, el sueño. Y el derrumbamiento.

Ahora, esto. Un camarote que era su calabozo, unas fuertes ligaduras ciñendo sus brazos y piernas. A merced de Goldie Munro. A merced de *Spider*, estaba seguro de ello.

—Debí imaginarlo —masculló—. Lindstrom me envió a una trampa. O avisó a *Spider*, temeroso de ellos. Goldie Munro y su multinacional de la moda... Un simple escaparate, un truco que encubre actividades criminales: *Spider*, en suma. Esa chica tan hermosa, tan rubia, tan sensual... Posiblemente sus propias modelos también. Esbirros de *Spider*. Y ese yate dorado tan cerca, el de Sheik El Alahi... Un hombre que se lo debe todo a *Spider*: poder, riqueza, el triunfo de su sangrienta revolución islámica... Éste es un nido de ratas de esa maldita organización. Aquí no encontraré la forma de vencerla, sino de morir. Es extraño que no me hayan liquidado ya mientras dormía. Saben quién soy. ¿Por qué me conservan vivo

aún? ¿Qué esperan de mí?

Eran simples divagaciones, naturalmente. Y como respuesta a ellas, repentinamente se abrió la puerta del camarote. No fue Goldie quien asomó, sino una de sus bellas y altas modelos, una pelirroja de exuberantes pechos y opulentas caderas. Seguía sin vestir más que un *slip* pequeño, de color plata. Su tersa carne bronceína vibraba al caminar sobre sus largas piernas bien torneadas. Los pechos palpitaban, erectos, como dos proyectiles que apuntaban hacia el cautivo. Pero no había nada tierno ni sensual en ella en estos momentos. La modelo de Goldie tenía unos azules ojos, tan fríos como dos cubos de hielo.

—Ya has despertado —dijo secamente.

—Eso parece, encanto —dijo Lex, sarcástico—. ¿Puedes explicarme qué diablos significa esto? ¿Es así como entiende tu patrona la hospitalidad?

—Cállate de una vez. Tú abusaste de esa hospitalidad al mentirnos. Lex Redmond.

Lex se mordió el labio. Sabían incluso eso. Que él era el agente británico desaparecido y dado por muerto en los Sargazos. Ni siquiera intentó negar. Sabía que hubiera sido inútil. Había algo deshumanizado y feroz en aquella hermosa hembra que le contemplaba, displicentemente erguida ante él en toda su estatura y arrogancia. Vista así, desde el suelo, sus muslos y sus pechos eran aún más impresionantes.

—Preferiría ver a Goldie que a ti —comentó—. No me gustan las pelirrojas.

La respuesta fue contundente. El zapato puntiagudo de la hembra se clavó en su estómago. Fue como recibir un golpe de martillo. Se dobló, lívido, jadeante. Todo su cuerpo se convulsionó y notó náuseas. Aquella fulana sabía pegar, pensó con mal contenida ira.

—Hablas demasiado, puerco —sentenció ella—. Somos mujeres pero no nos menosprecies, macho engreído. De aquí no vas a salir vivo, desengañaite. Nosotras no perdonamos. Nunca.

Era sorprendente. Le habían parecido antes dulces y frívolas muchachas. Ahora la veía de otro modo, al menos a aquélla. Había crueldad y fría rudeza en la pelirroja.

—Dile a Goldie que el almuerzo fue excelente, a pesar de todo

—bromeó aún Lex, reponiéndose del golpe. Y añadió, con un guiño —: ¿Ni siquiera vas a endulzarme mis últimos minutos con un poco de sexo, preciosa?

—No somos ramera. Sólo *asesinas* —dijo glacialmente la mujer.

Y le golpeó secamente de nuevo, con su tacón, en pleno rostro. Le sangró la mejilla, cortada por el taconazo, y sintió un agudo dolor que parecía llegarle al ojo y al paladar simultáneamente.

—Hija de perra... —Silabeó—. Eres una zorra, digas lo que digas. Y eso lo afirma un caballero británico, no un gañán.

Eso enfureció a la pelirroja. Parecía a punto de masacrarle allí mismo con la propia indiferencia con que lo haría con un insecto, pero se contuvo y sonrió heladamente. Se inclinó sobre él de tal modo, que sus globos pectorales colgaron, rozando los cabellos teñidos del agente.

—No vas a enfadarme, querido —musitó—. Es posible que te utilicemos como macho antes de morir. Todas nosotras, claro. Sería una diversión. Tenemos medios para lograr que seas eficaz en el sexo durante largas horas, ¿no lo sabías? La química hace milagros a veces.

—Como las mantis religiosas, ¿eh? Primero la posesión y luego la muerte... —Lex sonrió duramente—. Puede resultar una muerte divertida y hasta original, en cierto modo. Morir de amor... en el más feo y sucio sentido de la palabra.

La pelirroja giró la cabeza. Otras dos compañeras suyas entraban en el camarote. Una morena y otra rubia ceniza. Tan altas y espléndidas como la otra. Pero todas con aquel gesto frío, aquella mirada maligna y dura que alteraba su encanto femenino extraña y súbitamente. Recordó las risas melosas y la frivolidad anterior de todas ellas, y le parecieron mujeres distintas.

—Goldie está arriba esperando —dijo una de ellas—. Es el momento de proceder. Vamos a subirle. Todas están de acuerdo en que la ceremonia de la ejecución sea después de la posesión colectiva. Ya está a punto la droga, el *neovital*...

La pelirroja asintió. Entre las tres le subieron a la cubierta con la mayor facilidad. Fue conducido entre los fuertes brazos de las tres hembras hasta el camarote de Goldie. La rubia joven no estaba presente aún. Le tendieron en una litera amplia. Una le desató brazos y piernas. Pero Lex no se movió. Había dos de las modelos

en la puerta del camarote, con unos curiosos fusiles automáticos chatos en sus manos, provistos de silenciador. Fuera, la música sonaba muy fuerte, ahogando todo posible ruido.

—Preparadlo —dijo una de las modelos—. Goldie no tardará. Dadle la droga.

Lex miró a la pelirroja que venía hacia él, sonriente, con una jeringuilla en su mano. El líquido a inyectar tenía un color rosado. Iban a darle una muerte que muchos obsesos sexuales desearían: morir poseído por varias mujeres a la vez, exhaustiva y deshumanizadamente.

Pero él no quería ni morir ni hacer el amor de ese modo con sus bellos verdugos. De modo que antes de tener en sus venas el *neovital* capaz de convertirle en el macho inagotable que ellas deseaban, tenía que actuar. Luego, sería tarde. Ni siquiera sabía si esa droga le reduciría a la triste condición de un macho ciego y exacerbado, movido por un solo deseo.

Dejó llegar a la pelirroja cerca de él. Sentía latir sus venas, vibrar sus nervios, temblar sus músculos a punto de acción. En alguna parte de su ser, el adminículo generador de nueva vida para su persona debía de estar actuando a tope.

Recordó algo que dijera el profesor Ratoff en aquella base submarina de los Sargazos:

«Si hace un gasto excesivo de energía, como luchar, correr, tensiones emocionales, sexo y todo eso... la batería se agota más rápidamente. Mucho más...».

Si dejaba que aquellas mujeres gozaran de él, no necesitarían ya asesinarle. El exceso agotaría su batería y perecería sin remedio. Pero luchar, intentar algo, aparte la tensión que estaba viviendo, también le agotaría rápidamente.

Aun así, tenía que luchar. Y luchó.

Apenas estuvo la modelo pelirroja junto a él y alzaba su jeringuilla para clavar la aguja en el cuello de Lex, éste entró en acción como un torbellino.

Disparó sus piernas secamente contra los pechos de la joven. El impacto fue brutal, y los senos parecieron crujir bajo el doble golpe. El dolor debió resultar terrible. Tanto, que la golpeaba puso los ojos en blanco, boqueó, con un jadeo ronco, y dejó caer la jeringuilla, que rodó sobre la moqueta. Se dobló, cayendo en seco al suelo. Sus

compañeras, alertadas, gritaron. Las que empuñaban armas alzaron estas contra Lex Redmond.

El agente especial británico no se detuvo ni un instante. De ello, de la celeridad y precisión de sus movimientos, dependía su vida. Saltó sobre las otras dos modelos próximas a él. Las aferró con ambas manos, rabiosamente, eludió sus fuertes y feroces golpes, y las hizo chocar entre sí ambas cabezas con un chasquido áspero. Ambas se quedaron rígidas, inmóviles. Las de la puerta dispararon sobre él. Eran ráfagas sordas, un tableteo seco y apagado, como el crepitar de leña seca. Proyectiles silentes corrieron hacia su persona, pero alcanzaron a las dos modelos, interpuestas entre él y las tiradoras de la puerta. Los cuerpos se cubrieron de impactos sanguinolentos, y su belleza física se afeó con la sangre que corría de ellos.

Con un hercúleo esfuerzo, Lex alzó a cada una de las mujeres con una mano, y las arrojó violentamente sobre las dos tiradoras. Fue un doble impacto demoledor, dada la envergadura y peso de ambas. Lex mismo se sorprendió de su fuerza física al utilizar con tal facilidad a las hembras inconscientes.

Cayeron en tropel las cuatro mujeres en la puerta. Un arma rodó lejos de la mano que la empuñaba, mientras sus gritos debían alarmar a todo el yate.

Lex Redmond se inclinó veloz, tomó el arma silenciosa y saltó sobre las cuatro mujeres, saliendo a cubierta. Ante él, varios de los tripulantes del yate aparecieron, armados, dispuestos a cerrarle el paso.

Lex apuntó y disparó. Tableteó su arma. Cayeron tres marinos, alcanzados fatalmente, y dejaron caer sus armas. El cuarto arrojó su pistola y se lanzó por la borda para no recibir el rosario de proyectiles que vomitaba el arma de Lex.

En aquel momento, una sirena ululante llamó su atención. Miró al mar. Por el mismo, venía a toda prisa una canoa a motor. A bordo de ella, se veían personas armadas de metralletas, disparando sobre el barco. Un altavoz emitió una orden en inglés, que invadió toda la cubierta:

—¡Alto el yate! ¡Alto el yate, en nombre de la ley! ¡No intente nadie resistir o será abatido sin contemplaciones! ¡Alto el yate!

—Gente que viene a ocupar este barco —dijo Lex, cubriendo con

su arma la cubierta, ahora vacía—. ¿Qué diablos está ocurriendo?

En ese momento, alguien apareció en la puerta de otra zona de camarotes del yate de Goldie Munro. Lex lanzó una imprecación al reconocerle.

—¡Metal Morgan! —rugió, corriendo hacia él.

Era su enemigo mortal, en efecto. Metal Morgan en persona, con su rostro mitad metálico y su mano de acero, pero no iba solo. Llevaba consigo a Goldie Munro, inconsciente al parecer, colgando de su hombro. Un gesto de ira crispaba sus facciones mitad humanas mitad aceradas, y sus ojos brillaban como si fuesen también de duro y helado metal. Su diestra de acero apuntó hacia Lex rápidamente.

De sus dedos de metal brotaron unas llamaradas azules, lívidas y centelleantes.

El suelo ardió ante Lex y casi alcanzó sus zapatos. A cada contacto de aquellos llameantes dardos disparados por los dedos de metal de Morgan, las llamas se producían crepitantes sobre la cubierta, amenazando a su persona. Tuvo que saltar atrás y cubrirse tras un recodo del pasillo de camarotes de cubierta, disparando al azar, sin tocar a Metal Morgan ni a su presa femenina.

El fuego formaba un humo denso ante él, y el aire olía a metal, madera y goma quemadas. Jadeante, Lex Redmond comprobó, estupefacto, que de repente se elevaba de la cubierta del yate una especie de ingenio aéreo, mezcla de proyectil y helicóptero.

Era como un cilindro blanco, dotado de una turbina inferior y de una hélice en su parte superior puntiaguda. Igual que un cohete aeroespacial o un misil tierra-aire, se disparó veloz, vertiginosamente, desde un punto de la cubierta, proyectándose al azul del cielo y perdiéndose en la distancia en medio de un bramido sordo y una llameante cola que pronto se trocó en simple humo, mientras el extraño artilugio aéreo se perdía en unas nubes blanquecinas, desapareciendo de su vista.

—¡El diablo me lleve! —masculó Lex—. Esa gente tiene de todo a bordo... Y las fuerzas y recursos de Morgan Metal parecen inagotables. Mujeres asesinas, armas silenciosas y ligeras de desconocida factura, dedos de metal que vomitan fuego... y finalmente la traca de un cohete aparcado en este yate, y que se ha disparado al vacío, llevando consigo a Morgan y a Goldie... Es

enloquecedor...

Tambaleante, con su arma en la mano, se volvió, cubriendo muy a tiempo a las cuatro modelos que intentaban escapar ahora. Otras mujeres chillaban, en la popa, lanzándose al agua en un intento de fuga.

Era inútil, porque rápidamente se aproximaba al yate la canoa a motor con los hombres armados, y ellos mismos iban pescando a las fugitivas, bajo la amenaza de sus armas.

Lex Redmond se dejó caer, agotado, sintiendo un mareo y pérdida de visión repentina. El cuerpo le dolía, palpitaban sus sienes y las cosas bailoteaban ante él, en una neblina. Recordó, angustiado, las palabras del profesor Ratoff, el creador del ingenio que le mantenía aún con vida:

«Empezará a notar un gran cansancio. Cuando note ciertos mareos, debilidad física y momentos de visión borrosa, significará que apenas le queda energía vital para unas pocas horas...».

¡Unas pocas horas!

Eso significaba la muerte inmediata. No había cerca laboratorio alguno donde reponer las baterías de su ingenio vital... Eso no tenía remedio ya...

Comenzó a desplomarse, cada vez viendo más dificultosamente. Gente armada subía a bordo, eran policías franceses al parecer.

Pero no. No todos eran franceses. Pudo identificar a un hombre de paisano, armado con un fusil ametrallador. Corría hacia él apenas le distinguió.

Era Colé. Frank Colé, un compañero de trabajo del *Intelligence Service*, un colega de Londres.

—¡Lex! —le oyó gritar—. ¡Lex Redmond, por el amor de Dios! ¡Eres tú, tú mismo!

Fue lo último que captó. Se desplomó inconsciente, perdida la noción de todo. Y supo que eso, aunque Colé y los demás lo ignorasen, era su muerte cierta e inevitable.

Ahora, más que nunca, era el «Agente Muerte». El verdadero «Agente Muerte», porque estaba entrando en las tinieblas de lo eterno...

CAPÍTULO VI

¿Lo eterno?

No. Aquello no podía ser la eternidad. Ni la muerte.

Era demasiado parecido a la vida para que ello fuera así. Pestañeó al recibir en sus ojos la luz solar, fuerte y deslumbrante. Luego, su mirada se aclaró y pudo reconocer al hombre erguido ante él.

—Colé... —murmuró—. Tú, amigo mío... ¿Dónde diablos estoy ahora? Tendría que estar muerto.

—Eso es lo que dije antes de encontrarte a bordo de aquel yate —sonrió Frank con buen humor, sacudiendo la cabeza—. Pero veo que tienes siete vidas, como los gatos.

—Siete, no sé. Al menos tres, sí. La primera la perdí en la base secreta de los Sargazos, ametrallado a quemarropa por Metal Morgan. La segunda, a bordo del yate *Seagulf*, en la costa francesa. Ahora, sin duda, disfruto de mi tercera vida. Pero ignoro si será la última.

—Por lo que a mí respecta, creo que sólo es tu segunda vida —rió Colé suavemente—. No he participado en absoluto en una resurrección tuya, tienes mi palabra.

—Entonces, ¿qué significa esto? —Lex miró alrededor—. Estoy en la sala de un centro hospitalario, no hay duda...

—Un centro muy especial por cierto —asintió Colé risueño—. En el corazón de Londres, en un establecimiento especialmente reservado a agentes de nuestra organización, y cuya fachada exterior corresponde, en apariencia, a una compañía de bienes inmuebles.

—¿Londres? —Pestañeó Lex—. Juraría que ese sol es mediterráneo, Colé.

—Pues es londinense puro —rió su colega—. A veces también gozamos del sol en la ciudad más brumosa del mundo. Lex. Has

pasado varias horas inconsciente, todo lo que duró el rápido viaje en helicóptero desde la Costa Azul francesa hasta aquí.

—Pero yo... yo me sentí agotado. Eran los síntomas previstos para mí...

—¿Para tu muerte? —afirmó Colé—. Sí, eso dijo el doctor Enwright, nuestro biólogo y bioquímico especializado cuando te examinó a bordo del helicóptero. Dijo que sin ese pequeño y fantástico objeto que llevas injertado en tu persona, ahora estarías muerto sin remedio.

—De modo que lo sabes...

—Sí, lo sé. Al doctor Enwright no le costó mucho dar con la clave de tu supuesta resurrección como el Agente Muerte. Es un experto en la materia, aunque confesó que jamás se le había ocurrido crear algo semejante a lo que llevas encima, y que sólo un genio en la materia, como el profesor Ratoff, de la Unión Soviética, hubiera podido alcanzar algo así.

—El doctor Enwright es muy listo. Es obra de Ratoff, ciertamente. A él también le condenó *Spider* a morir. Y nos salvamos ambos gracias a su invento.

—Pues ahora tus baterías han sido reactivadas, gracias a que el doctor Enwright interpretó bien las instrucciones que aparecen en tu microprocesador vital. Tienes energía nueva para una labor más prolongada, pero dijo que no juegues con eso. Tu vida depende de esa batería exclusivamente. Un riesgo excesivo, significa el fin.

—Lo sé... Y eso que las mujeres del yate no lograron su objetivo —suspiró Lex Redmond—. Si llegas a saber lo que tenían previsto para mí...

—Lo sé —Colé soltó una carcajada—. Son los riesgos de ser demasiado guapo. Lex. Registramos el yate al ocuparlo.

Hallamos el *neovital* y también a las hermosas modelos de Goldie Munro. Lo demás es fácil de imaginar.

—Esas endiabladas bellezas eran de cuidado, Colé. Un grupo de asesinos femeninos tan crueles como máquinas de matar. No parecían tener sentimientos.

—Es que no los tenían, Lex. Esas chicas, con excepción de las dos que fueron abatidas a tiros por sus propias compañeras, están ahora hospitalizadas también en otra ala de este mismo centro, bajo control especial.

—¡Aquí! —se alarmó Lex—. Son muy peligrosas, Colé...

—Eran peligrosas. Redmond —terció una voz suave desde la puerta. Y Sir Q, entró en la estancia, con su aire afable y distante, perfecto *gentleman más propio de ser visto en las tareas bursátiles de la City o en las carreras de Ascot que en las lides secretas del Servicio de Inteligencia de Su Majestad. Hizo un gesto cordial a su subordinado, y añadió con una sonrisa—: Ya no lo son, pobres muchachas.*

—¿Pobres muchachas? —resopló Lex—. No las vio usted en acción, señor...

—Lo imagino fácilmente. Eran como fieras. Criminales frías y despiadadas, cuya misión era matar. *Spider* sabe hacer bien esas cosas, y la trampa tendida para usted, Redmond, era perfecta. Nunca debió fiarse de ese tal Lindstrom. Jugó a dos barajas, no se atrevió a traicionar a *Spider*. Por eso le esperaban ya, sobre aviso. Por cierto, el cadáver de Lindstrom acaba de aparecer en el fondo de la bahía de San Francisco. Parece que algo trituró su rostro, provocándole la muerte. Es como si le hubieran planchado la cabeza con un rodillo de acero.

—Metal Morgan... —jadeó Lex, endureciendo sus facciones—. Es obra suya, no hay duda. Posee una mano de acero. Puede triturar con ella cualquier cosa, incluido un rostro humano, maldito asesino. Pero ¿por qué dice que esas chicas eran peligrosas y ya no lo son?

—Muy sencillo: hipnosis.

—¡Hipnosis! No parecían hipnotizadas cuando actuaban...

—No podían parecerlo. Era un modo muy especial de hipnosis. Todas ellas llevaban un micro receptor de ondas mentales hipnóticas adherido entre su cabello al cuero cabelludo. Era transparente, microscópico, del tamaño de una aspirina o menos, y mucho más plano. A través de ese conducto, recibían órdenes directas de *Spider*. Es decir, del jefe supremo de la Organización.

—Cielos, una legión de robots humanos de aspecto hermoso y seductor, ¿es eso?

—Sí, Lex, es eso. La ciencia ha llegado a tales extremos de sofisticación, que todo es posible.

—Incluso la presencia de un helicóptero en forma de cohete, propulsado también mediante turborreactor, y oculto en las entrañas del yate *Seagulf* —apuntó Colé—. En él escaparon Metal Morgan y una mujer.

—Era Goldie Munro, la propietaria de *Gold Glamour*. Imagino que es también parte integrante de *Spider*...

—Al menos su organización de alta costura y cosmética lo es. Una pantalla multinacional de las muchas que utiliza *Spider* para tender su telaraña por todo el mundo, y nunca mejor empleada la palabra que en este caso^[5]. Sí, es muy posible que Goldie Munro sea incluso el jefe supremo de *Spider* o, cuando menos, un alto elemento ejecutivo de esa siniestra multinacional del crimen y del espionaje. Pero ahora ignoramos dónde pueden hallarse ambos. La policía francesa, pese a usar helicópteros e incluso aviones de la Fuerza Aérea, no han logrado dar con el rastro de ese extraño artilugio volador en el que huyeron la rubia dirigente y su esbirro de metálica zarpa.

—Sí, me temía algo así —suspiró Lex, moviendo la cabeza con pesimismo—. Lindstrom me dijo que en el yate *Seagulf* hallaría una de las conexiones directas con la cabeza rectora de *Spider*. Creo que me dijo la verdad, aunque por otro lado jugó su baza en favor de *Spider*, sin saber que eso no iba a alterar para nada su destino final, ya sentenciado por el alto *Staff* de la Organización.

—No debe preocuparse ya de todo eso, Redmond —habló Sir Q con tono suave pero enérgico—. Va a permanecer aquí mientras nuestro Departamento busca las claves para terminar con *Spider* de una vez por todas. Tiene que recuperarse del trance sufrido.

—Pero, señor, me encuentro bien, deseo seguir en activo... —protestó Lex vivamente—. Tengo una cuenta pendiente con *Spider* y, especialmente, con Metal Morgan.

—Lo siento. Redmond. Se quedará aquí. Frank Cole se ocupa ahora del caso. Y es una orden, téngalo en cuenta —avisó con cierta sequedad, aunque su boca y sus ojos no dejaban de mostrar una risueña expresión.

—Sí, señor —resopló Lex, dejándose caer en el lecho—. Me imaginaba que obrarían así en cuanto dieran conmigo.

—Lo siento mucho yo también, Lex, pero es lo mejor para ti —habló Cole apaciguador—. Estás débil, tu mecanismo vital puede sufrir algún fallo si vuelves de inmediato a la tarea, y se ha decidido que releves tus obligaciones en mi persona. De momento, el «Agente Muerte» tiene que aceptar las decisiones superiores.

—De modo que sabéis eso... —sonrió tristemente Lex—. ¿Cómo

disteis conmigo, Frank?

—No fue difícil —terció *Sir Q*, con tono apacible—. Hallamos en los ficheros la comprobación de que el llamado «Agente Muerte» y Lex Redmond eran una misma persona, sólo con que la señorita Whitman, con su proverbial eficiencia cotejase en la computadora las huellas de su *dossier* con las dejadas por el llamado «Agente Muerte» en los Estados Unidos. Era usted, de eso no había duda. Lindstrom logró, por otro lado, comunicarse con un agente de la CIA antes de ser asesinado por Metal Morgan, y anunció que el «Agente Muerte» acudiría a un determinado punto de la Costa Azul donde se hallaba anclado el yate *Seagulf*, matriculado en Nueva York y propiedad de la *Gold Glamour*. Colé voló allá de inmediato. Se vigiló la zona y se le vio acudir a usted, bajo la apariencia de un comerciante en arte canadiense a las proximidades del yate. Colé temió lo peor al verle subir a bordo con las chicas, y resolvió solicitar la ayuda francesa para rescatarle antes de que fuese tarde. Lindstrom había advertido a la CIA de la naturaleza casi robótica de las modelos de Goldie Munro...

—En resumen, estoy fuera de circulación por órdenes superiores...

—Algo así —rió suavemente *Sir Q*—. Debe comprenderlo. Redmond. Es usted nuestro más valioso agente. De no ser por un milagro científico, ahora estaría muerto. No deseamos en modo alguno que Lex Redmond. Agente Especial X-11, o el «Agente Muerte», llámese como quiera, corra el riesgo de desaparecer definitivamente, enfrentado a un poder muy superior a sus solas fuerzas. De modo que se quedará aquí, recuperándose de su pasado bache, y mientras tanto. Frank Colé actuará en su lugar, así como algunos otros agentes nuestros. Quédese tranquilo, muchacho. *Spider* terminará por caer. De eso nos ocuparemos nosotros. No haga de esta misión una cuestión personal.

En ese momento golpearon suavemente la puerta. *Sir Q*, invitó a pasar. La señorita Whitman asomó con un *dossier* en su mano.

—Perdonen que moleste ahora —dijo con su corrección habitual—. Le requieren urgentemente del Ministerio del Interior. *Sir Q*. Aquí tiene también el *dossier* de *Gold Glamour* que me pidió...

—Oh, sí, señorita Whitman, gracias —dijo el jefe del Departamento, acudiendo a recoger los documentos que su

secretaria le tendía—. Había olvidado mi cita de hoy con el ministro... ¿Viene conmigo. Colé? Conviene que dejemos solo a Redmond para que descanse tranquilo.

—Sí, señor, ya voy —Frank apretó el hombro de Lex con calor, le sonrió animoso y se dirigió a la salida.

Doris Whitman también dedicó una sonrisa cortés al agente tendido en el lecho.

—¿Qué tal, señor Redmond? —saludó—. Me alegra verle sano y salvo, después de haber sellado su *dossier* personal con el término «muerto».

Gracias. Doris —sonrió Lex agitando una mano—. ¿Ha borrado ya eso de mi *dossier*?

—Claro está —asintió ella, risueña—. Su nuevo nombre de «Agente Muerte» no me gustaba demasiado, la verdad.

Los tres le dejaron solo. Poco después, el doctor Enwright le visitaba, en compañía de dos médicos, para comprobar su estado general. A través de la ventana, el insólito sol radiante de aquel día londinense comenzaba a velarse tras algunos nubarrones.

—Todo va perfectamente. Redmond —dijo Enwright, complacido—. Un par de semanas aquí le sentarán de maravilla, créame.

—Me gustaría más la actividad, la acción, doctor —se quejó Lex.

—Lo comprendo, conociendo sus antecedentes —sonrió el científico—. Pero no puedo permitir eso, ahora que ha salido de un trance gravísimo. Supongo que quien le aplicó esa maravilla que ahora le permite seguir con vida, le advertiría de sus terribles riesgos en caso de sobreexcitación, de agota miento de su batería...

—Sí, me avisó. Pero eso puede suceder en cualquier momento, doctor. Todo el mundo puede perder la vida en el cumplimiento de su deber cuando el riesgo existe.

—Sin embargo, mi misión consiste en mantener con vida a Lex Redmond. Y pienso conseguirlo, aunque a usted le irrite la inactividad. De momento es necesaria, créame. Esa batería tiene una vida más corta de lo que imaginó su creador, sin duda poco experimentado su invento en seres humanos de existencia intensa. Si vive normalmente, le durará un año. En su ritmo de existencia normal, no duraría ni un mes.

Y según los casos, se reduciría su actividad a sólo unos días.

Cuídese, o puede ser peor lo que le suceda un día... y entonces resulte ya irreversible. ¿Sabe su suerte si se agota *totalmente* esa batería y cesa la actividad del ingenio?

—Sí —suspiró Lex—. La muerte...

—Eso es. La muerte. Eso es lo que tengo que evitar mientras pueda —hizo un gesto y uno de sus hombres le inyectó en el brazo—. Ahora duerma. Necesita reposo. Le veré más tarde, después de la cena.

Lex Redmond se quedó dormido profundamente, apenas le hubieron dejado solo los médicos. Soñó que el «Agente Muerte» volvía a la acción, que el *Seagulf* había sido pintado de oro por Goldie Munro, a semejanza del *Golden Shark* del jeque árabe, y que Metal Morgan se destrozaba en el aire, cuando intentaba atacarle a bordo de un misil también pintado de oro. Luego, Goldie le confesaba ser víctima de *Spider*, se desnudaba ante él y se entregaba a sus caricias, hasta ser suya.

Despertó ligeramente empapado en sudor. Era noche cerrada afuera, y la luz eléctrica lucía blanquecina en la estancia del secreto centro médico para agentes secretos del Gobierno de Su Majestad. Respiró hondo con cierto desconuelo. Su última escena soñada; con la gloriosa desnudez de Goldie en sus brazos, había sido particularmente grata. Pero sólo eso; un sueño.

«Ni siquiera debo pensar en ello —se dijo, notando su boca reseca, tal vez a causa de la propia acción del sedante inyectado antes—. Goldie es un miembro de *Spider*. Una hermosa araña devoradora que jamás debería tener en mis brazos».

Se abrió la puerta minutos más tarde. Una enfermera y un ayudante también uniformado de blanco, entraron en la cámara. Sonrieron, cordiales. Llevaban una bandeja con alimentos y una jarra conteniendo zumo de naranja, así como unas cuantas revistas y periódicos.

—Es la hora de cenar —dijo la enfermera, una mujer joven, algo robusta, de cabello castaño rizado bajo su cofia blanca como el uniforme, poniendo ante él la bandeja de alimentos. Lex notó que bajo la almidonada bata, realzaban unos pechos demasiado grandes, que le rozaron las manos cuando él las alargó para tomar la bandeja de viandas. El contacto fue firme y duro. Ella sonrió, sin parecer preocuparse por ese roce, y le desplegó la servilleta, mientras el

enfermero ponía la jarra de naranja en la mesilla, junto a los periódicos.

—Si quiere leer después, tiene media hora para hacerlo, antes de que los médicos vuelvan para hacerle reposar, señor Redmond —dijo el enfermero.

—Gracias, son muy amables —bostezó Lex—. Espero poder echar al menos una hojeada a esos diarios... Empiezo a estar harto de dormir.

—Es lo que siempre se dice en estos casos —suspiró la enfermera con un gesto de simpatía, echándose atrás y alisando su bata blanca mecánicamente—. Buen apetito, señor Redmond. Si necesita algo más, sólo tiene que llamarnos. Estaremos fuera.

Salieron, dejándole solo. Lex meneó la cabeza. Aquella enfermera, ciertamente, no era Goldie Munro. Pero su contacto le había excitado. Debía olvidarse ahora de esas cosas, pensó. No era conveniente malgastar la energía de su batería en vano.

Destapó las viandas de su bandeja. De inmediato, el reptil saltó sobre él, clavando sus dientes venenosos en su brazo, con un sibilante sonido de amenaza.

Aquel mordisco era mortal de necesidad.

CAPÍTULO VII

Todo fue muy rápido. Bajo la tapa del plato no había un manjar para su cena como podía esperarse, sino una culebra altamente venenosa que él conocía bien. La identificó apenas la vio emerger bajo la tapa de acero inoxidable. Y al sentir su mordedura, supo que era la muerte.

Sólo soltó un gruñido al sentir los incisivos cargados de veneno del reptil hincados en su carne, justo sobre la vena. Rápido, con su otra mano sujetó el cuello del mortífero animal y lo estrujó rabiosamente. Sus dedos se hundieron en la piel resbaladiza del reptil. Con su mano herida, sangrando por la muñeca, aferró el cuchillo dentado de cortar carne y segó el cuello del ofidio de un tajo. La sangre saltó, y el cuerpo sin cabeza culebreó sobre la cama, para caer al suelo. Rápido. Lex saltó del lecho, y en ese momento, la jarra de naranjada comenzó a expulsar una extraña humareda. Advirtió que algo, situado en su superficie y que parecía hielo o un terrón de azúcar, se acababa de disolver en el supuesto zumo de fruta. Lex calculó la realidad. No era difícil suponer que era otra trampa mortal, la segunda.

¡La naranjada era en realidad un líquido que, al absorber la sustancia química del falso azúcar, se diluía en forma de gas letal!

Contuvo el aliento y caminó descalzo hacia la puerta de su dormitorio. La puerta cedió. Aparecieron la enfermera y el enfermero. Ambos llevaban máscara antigás sobre el rostro. Ella empuñaba una jeringuilla hipodérmica, y él una pistola automática con silenciador.

Conteniendo siempre el aliento, y notando en su mente los efectos del veneno del reptil, así como en las palpitaciones rápidas de su corazón, atacó a ambos con celeridad. Les arrancó las caretas antigás y golpeó rudamente a la mujer en el brazo haciéndola perder la aguja hipodérmica. Pero ella se revolvía con energía, y le

martilleó con su brazo zurdo, haciéndole trastabillar. Tenía la fuerza de un boxeador.

El enfermero disparó sobre él a bocajarro. La bala le alcanzó en el costado. Sintió el impacto mientras sonaba el eco sordo del estampido silenciado. Pero logró permanecer en pie, notando la sangre que mojaba su pijama azul pálido. Veloz, cayó sobre el hombre armado y le descargó un terrorífico impacto de karate con su mano abierta, machacando el cuello del otro con el dorso. Crujieron los huesos, boqueó el hombre, con los ojos vidriados, y cayó de bruces a sus pies.

Lex, sin perder momento, se volvió hacia la enfermera. No era necesario. El gas letal actuaba sobre ella. La vio oscilar, ponerse amoratada la faz, gritar horriblemente y comenzar a tropicar, antes de desplomarse.

Sorprendido. Lex comprobó que su brazo ya no sangraba ni su corazón palpitaba con fuerza, ni su mente estaba torpe. El veneno del ofidio había fallado. La herida de bala cesaba de sangrar y se taponaba sola.

—Dios mío... —susurró—. Olvidaba el ingenio del profe sor Ratoff. Regenera los tejidos dañados, inmuniza contra tóxicos o venenos... sean líquidos o gaseosos... Es maravilloso... ¡Es el triunfo sobre la muerte, incluso sobre la forma violenta de morir!

Por un momento, la convicción de que era casi inmortal, le sobrecogió. Pero su mente se ocupaba de otras cosas. Se inclinó sobre la enfermera. Le arrancó la cofia con energía y sus dedos hurgaron en los cabellos de la mujer ya sin vida. Pronto lo halló; era un pequeño casquillo de plástico color carne, adherido al cuero cabelludo de la enfermera. Recordó lo que dijera Colé de las modelos de Goldie.

—Otra mujer robot... —jadeó—. Hipnosis a distancia a través de un micro receptor... *Spider* sabe que estoy aquí y ha intentado asesinar me de nuevo...

Salió al corredor del hospital. Pronto se halló ante Enwright y otros médicos, que intentaron detenerle, mirando con horror las huellas de sangre en su pijama. Lex les frenó, amenazador.

—No me toquen —avisó—. No entren en mi habitación aún. Hay una falsa naranjada que no es sino gas licuado de tipo letal... Dejen que se evapore o morirán al aspirarlo, como han muerto mis

agresores. Eran autómatas al servicio de *Spider*, gente hipnotizada a distancia. También hallarán una serpiente altamente venenosa, partida en dos. Fueron los intentos de asesinarme, junto con una pistola silenciosa y una jeringuilla conteniendo sin duda otro producto mortal. *Spider* lo calcula todo... menos que ya no soy Lex Redmond, digan ustedes lo que digan... sino el «Agente Muerte». Estoy muerto, en cierto modo, y ya nada puede matarme. Ésa es la clave de todo, la razón de que aún me vean aquí. De modo que nadie me detenga. Ni aun aquí estoy seguro o puedo descansar tranquilo. Me voy, doctor Enwright. Y será mejor que no trate de impedirlo. No le gustaría ver lo que soy capaz de hacer cuando me siento furioso y deseo hacer algo con todas mis fuerzas.

—Piénselo bien. Redmond. Su batería...

—Al diablo con eso. Si el profesor Ratoff no hubiera creado tal maravilla, en estos momentos ya sería cadáver, gracias a sus medidas de «seguridad» para mí. Me voy. Díganse a *Sir Q* y que se aguante si no le gusta mi idea. Me voy, porque el «Agente Muerte» debe volver a actuar. Eso es todo, señores.

Se apartaron a su paso, respetuosamente, casi con temor. Lex sonrió, vigilándoles con atención. Ya en el ascensor, avisó fríamente:

—Eso está mejor, señores. Si *Sir Q* les pregunta por mí, díganle que tengo cierta idea de dónde encontrar por fin a *Spider* y a su cerebro rector... Eso es todo, caballeros.

La puerta del ascensor se cerró. Un médico trató de correr al teléfono para avisar a la salida y que la bloqueasen, el doctor Enwright, con gesto ensombrecido, le detuvo.

—No, no haga nada de eso —pidió—. Ese hombre es algo muy especial. Tiene razón, podría haber muerto. Pero no murió. Eso que lleva consigo está por encima de cuanto imaginamos. Es un prodigio de la ciencia. Si ha sobrevivido a un reptil venenoso, un gas letal y un disparo de pistola, puede sobrevivir a muchas más cosas. Y creo que, cuando menos, tiene derecho a defender su propio pellejo. Aquí, estaría a merced del enemigo. Parece este muy capaz de infiltrarse en todas partes cuando así lo quiere...

Sir Q., cambió una mirada de perplejidad con Doris Whitman y Frank Colé. Luego meneó la cabeza con desaliento.

—Me temo que lo hemos perdido otra vez —confesó—. Lex

Redmond se ha ido y estará ya lejos de aquí. Si al me nos supiéramos lo que se trae entre manos...

—¿No cree que aparezca?

—No. Colé. No aparecerá, salvo para golpear a *Spider* como sea. Ha convertido eso en su razón de existir. Tal vez tenga razón, después de todo. No podemos contar ya con el agente Lex Redmond. Ése murió en la base secreta de los Sargazos. Ahora es el «Agente Muerte». Trabaja por libre, sólo depende de sí mismo. Cuando menos, sabemos que no lo tenemos contra nosotros.

—Habla como si Lex Redmond ya no fuese quién es.

—Es que hemos de hacernos a esa idea, Colé. ¿Qué ser humano resistiría una mordedura de serpiente venenosa como la que hallamos en su alcoba? Su veneno puede matar a varios hombres en escasos minutos. El gas letal de la jarra era mortífero en alto grado. La bala que le dispararon, según el doctor Enwright, le perforaba el costado. De todo eso salió lesa. Ahora está vivo en alguna parte. Como si nada hubiese pasado. Comprendo lo que sentirá ese hombre. Sabe que ya no es el que era. Se considera *diferente*. Y lo es. Es casi un superhombre. Sus tejidos se revitalizan, sus heridas sanan como por milagro, los venenos no le afectan. Es increíble, pero cierto. Por eso dije que Lex Redmond no existe en realidad. El «Agente Muerte» no se siente sometido a nuestra disciplina, aunque sea fiel a los ideales de nuestra organización. Por tanto, dejemos que actúe a su modo, Colé. Será lo mejor para él y para todos.

—Pero ambos sabemos que no es inmortal. Bastará con que se le agote esa batería tan sensible, y si está demasiado lejos de un laboratorio adecuado para su regeneración inmediata... será hombre muerto en pocos momentos.

—Lo sé. Y él lo sabe también. Colé. Dejemos que haga su propio juego. A fin de cuentas, siempre fue un hombre muy inteligente e imaginativo. Ahora posee medios sofisticados que le facilitó el profesor Ratoff. Y su propia inmunidad a cierta clase de ataques enemigos. Confiemos en que eso baste para que *Spider* deje de existir en breve... o cuando menos sea herido de muerte.

—Pero yo quisiera hacer algo por él, ayudarle en esa tarea si es posible... —objetó Frank, preocupado.

—Para eso haría falta saber dónde puede estar él ahora —apuntó Doris Whitman sensatamente.

—En efecto, señorita Whitman, ha puesto usted el dedo en la llaga una vez más aceptó *Sir Q.*, vivamente. —Ni si quiera sabemos dónde está ahora. Sólo podemos estar seguros de algo, sabiendo cómo es Lex Redmon... o cómo es el «Agente Muerte»... En estos momentos, estará detrás de las huellas de *Spider*. Y creo que dará con ellas, sea como sea.

—Así sea —deseó fervorosamente la señorita Whitman, elevando sus ojos al cielo con un suspiro, y regresando a su mesa de trabajo.

Thorla Simmons estaba muerta.

Dramática, increíblemente muerta. La suya había sido una muerte alucinante, casi de ciencia-ficción.

Lex contempló el hermoso cuerpo moreno, la melena tersa y negrísima. Toda ella estaba helada. Congelada. Era como un hermoso bloque de hielo, una gélida estatua de carne azulada por el frío mortífero. Incluso su belleza parecía haberse congelado en una hibernación siniestra.

Yacía en la cámara, desnuda en medio del suelo, sobre regueros de agua endurecida por el frío glacial. Lex tembló, pero su organismo resistía bien aquella terrible temperatura.

—Aire líquido... —susurró Lex, comprobando que del depósito del techo se había desprendido sobre la hermosa joven que fuera su amante aquella lluvia mortal que era el aire líquido, el frío absoluto del cero total. Un procedimiento cien tífico y perverso de matar, de destruir todo lo que estaba vivo.

Se retiró lentamente de la cámara fatídica. Regresó al piso alto de la mansión que el magnate Duncan Reed regalara a su amante. Allí había encontrado Thorla su placer y su bienestar. Y después su agonía y su muerte. Duncan Reed no estaba en la casa. Nadie estaba en ella ya. Ni siquiera sus siniestros servidores enlutados. Se preguntó si estaría con los grandes jefes de *Spider*, o tan muerto como Thorla en algún oculto paradero. Pero eso le tenía sin cuidado. Había querido salvar a Thorla si aún era tiempo de ello, pese a su traición. Si es que realmente fue ella quien le traicionó.

Ya era tarde. Los asesinos de *Spider* habían llegado antes, eliminándola ferozmente con una de sus sofisticados métodos de muerte, el aire líquido como baño letal.

Revisó las pertenencias de Thorla. Vano empeño. Si los asesinos pensaban que la joven podía tener entre sus cosas algo revelador,

ese algo ya habrá ido a parar a manos de sus implacables ejecutores. Pero rutinariamente, rebuscó por doquier, en la esperanza de hallar algo que hubiera escapado a la maligna perspicacia de los esbirros de *Spider*.

No halló nada. Desalentado, se dispuso a abandonar la finca suntuosa de Los Ángeles donde ya estuviera una vez, teniendo que luchar con los sicarios del magnate Reed, tras sorprender a Thorla con su resurrección.

Y, de repente, lo vio. Su cuerpo se puso rígido.

Allí estaba. Aquello no tenía mucho sentido, conociendo a Thorla.

Había una fotografía en su mesilla de noche. No era la de Duncan Reed, su rico amante, como era de suponer. No. Era una fotografía suya. Una foto de Lex Redmond. La única que ella poseía de él. Iba dedicada, incluso:

«A Thorla, con amor: Lex».

Fue hasta el marco plateado con la foto dentro. La miró, pensativo. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—No puede ser —dijo—. Ella no haría eso, viviendo con otro hombre que la mantenía a cuerpo de reina. No era tan torpe. Ni tan sentimental, claro...

Tomó el pesado marco. Lo examinó, perplejo. Luego tomó una decisión. Lo abrió por atrás. Extrajo su fotografía y la guardó en el bolsillo. Detrás de la foto, había algo. Un recorte de periódico. Lo tomó cuidadosamente. Lo desplegó.

Y entendió de repente.

Era sólo el recorte de una página de un diario francés. En él se leía un titular sobre una fotografía en color:

«El más original yate del mundo, en Cannes. Se asegura que su pintura es de oro puro».

Y debajo, aquella fotografía. Precisamente *aquella*.

Se veía el puerto deportivo de Cannes. Y en él, el casco del *Golden Shark*, propiedad del rico jeque árabe de aquel pequeño país del Golfo Pérsico recientemente bañado en sangre. Sheik El Alahi...

—¡El yate de oro! —musitó Lex Redmon, entornando sus ojos

excitados, brillantes—. Debí imaginarlo... La coincidencia del *Golden Shark* y del yate de la *Gold Glamour* en el mismo puerto no era casual... Goldie, su color favorito, el dorado... y el oro del *sheik*... ¡Creo que ésa es la clave! La palabra oro, sí... ¡Estaba tan claro! Y Thorla me lo ha dejado aquí como mensaje único que le era posible dejar, al intuir que iba a ser víctima de *Spider*... Si todo es como imagino, Thorla, serás vengada, lo juro... ¡El «Agente Muerte» te vengará, no lo dudes!

Y salió rápidamente de la casa desolada donde sólo la fría muerte habitaba ya...

CAPÍTULO VIII

Yal Yomar sonrió, removiendo su enorme, fofa figura en el confortable lecho de cojines de seda extendidos por el suelo del amplio camarote.

—Todo está preparado para el ataque, mi querido amigo —dijo suavemente.

Sheik El Alahi le contempló pensativo, desde su rostro de halcón moreno, de barbita muy negra y recortada. Debajo de su prenda de tela rayada que cubría la cabeza, el rostro enjuto y astuto tenía una expresión entre placentera y calculadora. Los negros ojos brillaban como azabaches, a ambos lados de la halconada nariz. Suntuosas telas de seda roja y negra envolvían su magro y alto cuerpo encogido en su moruno asiento.

—Eso espero —murmuró con calma—. Hemos puesto todas las fuerzas en esta labor, Yomar. Y mucho dinero de mi país. *Spider* me prometió el éxito, del mismo modo que me lo aseguró en mi revolución islámica dentro del Emirato.

—Y así será de nuevo, *Spider* nunca falla aseveró el eurásico con tono melifluo. —Del mismo modo que ganasteis la batalla por vuestro país y su control, la ganaréis ahora, al provocar esa crisis total en el Golfo Pérsico y la posible amenaza de guerra mundial. Vuestros intereses y los de *Spider* coinciden en todo eso. El petróleo de vuestra nación será una fuente mayor de riqueza, con una guerra total en puertas y una crisis mundial de gran envergadura. Y nuestros secretos militares encontrarán postores mucho más interesados en su adquisición a cualquier precio...

—¿Cuándo será ello?

—Hoy mismo, señor —dijo Yal Yomar suavemente—. El misil está a punto. Será disparado dentro de una hora. Y alcanzará su objetivo dentro de tres. Esperaremos aquí, en Cannes, las noticias del primer desastre mundial. Ésa será la chispa que prenda la mecha

del polvorín mundial. Tal y como se ha pactado.

—Excelente. Yal Yomar —asintió el cabecilla árabe, contemplando con reflexiva complacencia a su interlocutor—. ¿Cómo podrá ser activado el misil desde este barco, exacta mente? Nuestras instalaciones electrónicas a bordo no serían suficientes para una acción de tal envergadura y a larga distancia...

—No necesitaremos el auxilio de vuestras instalaciones, mi amigo y señor —sonrió Yal afable, híbridamente—. Bastará con este pequeño artilugio que está en mi poder, y desde el cual puedo no sólo activar un misil aire-tierra o mar aire, sino también controlar a mi gente a larga distancia con total fidelidad y precisión.

Así hablando, Yal Yonar extrajo de entre sus flácidas ropas, con la gordezuela mano acolchada de carne y de grasa, un objeto parecido a un simple control remoto para un aparato de televisión. Era muy plano, provisto de una serie de botones o pequeñas teclas plateadas sobre la estructura negra del aparato. Una diminuta pantalla, similar a la de una vulgar calculadora de bolsillo, podía presentar las coordenadas de determinados puntos y frecuencias, cuando las teclas eran activadas por los dedos cortos y adiposos del eurásico.

—Ingenioso sistema —admitió complacido el jeque—, ¿Eso, simplemente, puede desencadenar una guerra mundial absoluta?

—Esto simplemente, mi señor —rió suavemente el gordo dirigente de *Spider* con gesto risueño—. Bastará establecer las coordenadas que contactan con el sistema automático electrónico del resorte de disparo del misil dispuesto en nuestra base secreta. Y éste se disparará de inmediato, dirigiéndose al blanco señalado previamente desde este mismo ingenio.

—Magnífico. Pero dijiste que puede controlar muchas más cosas...

—Así es. Desde aquí mismo, utilizando otras coordenadas y frecuencia de emisión, controlo y dirijo a cuántos leales servidores de *Spider* poseen sobre sí los microprocesadores de hipnosis mental que los convierte en perfectos autómatas a nuestro servicio. Si este aparato llegase a ser destruido, de inmediato se destruirían en todo el mundo cuántos agentes nuestros están unidos a uno de esos microprocesadores de ondas mentales magnéticas. Es así tan ingenioso como práctico. Tengo a todos mis siervos en mi mano. Un

simple gesto, y puede aniquilarlos a todos de una sola vez. Pero claro está que no lo haré. Este aparatito, el Controller, me es sumamente útil en nuestras actividades.

—Os felicito por tan sofisticados sistemas —sonrió el jeque—. También yo poseo a bordo una estación electrónica capaz de contactar con mis centros claves en el Emirato, y de controlar a mi gente leal a distancia. Y, por si alguna vez extraños enemigos míos entrasen en este buque con ánimo de apoderarse de él y de sus ingenios, ese centro electrónico de comunicaciones de a bordo puede autodestruirse en pocos instantes, destruyendo con él todo este barco y cuántos estén a bordo, con sólo oprimir una tecla roja que está prudentemente cubierta con una protección plástica.

—Es una medida prudente, mi estimado amigo Sheik —aceptó Yal suavemente—. Nunca se sabe cuándo puede un adversario atacarnos y apoderarse de nuestro cuartel general, como sucedió a *Spider* con cierta base secreta en el Atlántico Norte no hace mucho. También nosotros pudimos destruirla con todo cuanto había dentro.

—¿Con todo? —repitió interrogante y escéptico el jeque—. Creí que *alguien* había escapado a esa destrucción, mi estimado Yal Yomar...

El eurásico puso gesto de contrariedad y desvió su fría mirada, repentinamente hostil y poco amable.

—Muy cierto, mi señor y amigo —insistió fríamente—. Un hombre escapó a ese desastre: Lex Redmond, del Servicio Secreto británico. Pero acabaré con él un día u otro. Ahora se hace llamar «Agente Muerte». Ha sido visto en diversos lugares y ha estado a punto de morir varias veces gracias a mis agentes robots. Le he perdido momentáneamente la pista, pero acabaré por dar con él, os lo garantizo. El «Agente Muerte» será muy pronto justamente lo que él mismo se ha apodado: la muerte convertida en un agente. Un agente muerto, claro está... —terminó con helada y ominosa risita.

Yal Yomar, todopoderoso dirigente de *Spider*, se hubiera llevado una gran sorpresa, bastante desagradable además, de haber sabido que, justamente en ese instante, su odiado enemigo, Lex Redmond, ahora «Agente Muerte», se hallaba por cierto subiendo a bordo del *Golden Shark* sin que nadie lo sospechara ni por lo más remoto...

Había sido fácil. Sumamente fácil.

Tanto, que el propio Lex estaba sorprendido de ello. Su larga

inmersión desde la costa de Cannes, bajo los blancos cascos de bellos y costosos yates y navíos de placer pertenecientes a millonarios, magnates, estrellas de cine y jeques árabes, había concluido felizmente a bordo del punto de destino escogido: la cubierta del *Golden Shark*.

Nadie advirtió su llegada ni su acceso al barco, pese a las rígidas medidas de seguridad establecidas a bordo. Había casi rozado con su cuerpo, bajo las azules aguas mediterráneas, los detectores de radar y sonar del navío árabe, sin ser detectado siquiera. Era otra maravilla técnica del profesor Ratoff; un ingenio acoplado a su indumentaria de inmersión, neutralizaba toda onda de radar, sonar o detectores de cualquier tipo electrónico. Su cuerpo, así, se deslizaba indetectable a través de cualquier zona.

El acceso a bordo fue más cuidadoso, utilizando la ropa y las sombras de la noche, con sedal adecuado que se disparaba automáticamente, adhiriéndose a cualquier punto. Subió, agazapado, sin que los sistemas de alarma, neutralizados por el ingenio creado por Ratoff, actuasen lo más mínimo.

Una vez a bordo. Lex Redmond se movió cautelosamente, casi invisible gracias a su negra indumentaria de goma que le cubría de pies a cabeza para la larga inmersión bajo las aguas, con su bolsa provista de armas adecuadas para la ocasión. Una expedición clandestina a bordo del yate árabe era demasiado peligrosa para hacerla a cuerpo limpio, sin medios de combate encima.

Se situó a espaldas de uno de los guardianes árabes que patrullaban la cubierta. Fue rápido en la acción y le rodeó por el cuello rápida y sigilosamente. Le estranguló en dos segundos, sin que la víctima pudiera evitarlo ni tan siquiera dar la alarma. Ocultó el cuerpo bajo uno de los botes salvavidas, le despojó de sus negras ropas árabes y se vistió con ellas velozmente, tomó su subfusil automático y comenzó a pasear por la zona que el muerto patrullaba. Más lejos, la sombra de otro vigilante se veía pasear arriba y abajo. Todo seguía normal. Nadie notó nada irregular a bordo.

Lex permaneció unos minutos recorriendo los mismos puntos que viera hacerlo a su víctima. Observó que dos hombres subían con una bandeja por una de las aberturas que conducían a los camarotes. Esperó a que se alejaran. Se movió luego, en otro de sus

paseos aparentemente rutinarios, hasta esa abertura.

La puerta asomaba a una escalera angosta que iba a descender a la planta inferior de la popa. Había luz abajo. Miró a ambos lados, cauteloso. Luego, dejó el subfusil en un rincón oscuro y lo sustituyó por un arma propia; una pistola chata plana y muy ligera. Disparaba proyectiles de acción paralizante inmediata, y absolutamente silenciosos. Un arma mucho más práctica que el subfusil para una lucha sorda en la noche, que nadie debía advertir.

Bajó rápido a la planta inferior. Observó el pasillo con las seis puertas a ambos lados, todas ellas cerradas. Las examinó, curioso. Tenían número sobre la madera lustrosa cada una de ellas. Números de metal dorado, macizos. Los tocó. Eran de oro puro, como la barandilla del corredor. Aquel yate contenía una fortuna en oro. Seguramente los grifos de sus baños y otros detalles caprichosos serían también del precioso metal.

Era problemático explorar todo aquello, pero no tenía otro remedio. Con su silenciosa arma en ristre, comenzó a abrir puertas con todo cuidado. Sólo una se le resistió: la numerada con el 5. Las demás estaban abiertas y daban a camarotes más o menos lujosos, de pequeñas dimensiones. La quinta no cedió.

Extrajo de su traje de inmersión unas finas ganzúas especiales. Las aplicó a la cerradura. La tercera emitió un chasquido. La puerta cedió.

Rápido, Lex se introdujo en la cámara. Estaba oscura, cerró tras de sí. Luego, dio la luz.

Lanzó una imprecación al ver a la persona que ocupaba la estancia, tendida en la única litera existente.

—¡Tú! —murmuró—. ¡Goldie Munro!

Ella afirmó, reconociéndole con una sonrisa en su bonito rostro. La melena dorada se agitó al mover la cabeza. Era lo único que podía mover. Estaba atada cuidadosamente, hecha un auténtico y hermoso fardo sobre la litera.

—Hola, cariño —saludó frívolamente—. Estaba segura de que vendrías más pronto o más tarde.

—¿No vas a desatarme?

—No —negó Lex suavemente, acercándose a ella—. ¿Por qué habría de hacerlo? Tus bellas «modelos» estuvieron a punto de asesinarme, ¿recuerdas?

—Oh, eso... —Ella hizo un mohín como si hablase de una vulgar travesura—. No era responsable, créeme. Fui tan manipulada como mis pobres modelos. Era un autómata al servicio de *Spider*.

—Posiblemente sigues siéndolo. Yo llegué a pensar que eras el jefe de la Organización.

—¡Qué tonterías! —rió ella divertida—. Nunca me hubiera mezclado en delitos, teniendo un saneado negocio. Ellos convirtieron mi empresa en un cuartel general para sus planes y nos redujeron a mí y a mis modelos a la condición de robots asesinos. Deberías saberlo, querido Lex. Una placa en la cabeza... y ya está. Un ser humano se transforma en máquina obediente a las órdenes de *Spider*.

—¿Y cómo ahora no actúas ni hablas como tal... y estás cautiva de *Spider* o de ése árabe sanguinario, Goldie? —Receló aún Lex.

—Muy fácil: se desconectó mi micro receptor —hizo un gesto expresivo—. Hasta el aparato más sofisticado puede sufrir una avería. El mío fue uno de ellos. Metal Morgan se dio cuenta cuando intenté ir a salvarte y me enfrenté a mis modelos. Me abatió y me llevó consigo en el heli-cohete que ellos prepararon a bordo de mi yate para una emergencia como aquélla. Ahora van a asesinarme. Les estorbo.

—No te creo del todo —manifestó Lex, rebuscando en los cabellos de Goldie. No encontró nada, y la miró, pensativo—. ¿Por qué estaba tan segura de que iba a aparecer en un momento u otro, preciosa?

—Simple intuición femenina —rió ella—. Eres mi caballero. Confiaba en ti. Sé que Lex Redmond, alias «Agente Muerte», es casi un *Sir Lancelot* de los tiempos modernos. Como ves, sé muchas cosas de ti. Ese maldito aparato no le permite a una olvidar lo que ha aprendido cuando lo lleva adherido a la cabeza... ¿Me crees ahora?

—No sé qué pensar. Ya no me fío de ninguna mujer. Pero te soltaré. El hecho de que te tengan cautiva es lo que más me convence. He venido a destruir a *Spider* de una vez por todas, Goldie.

—Yo puedo ayudarte mucho en eso.

—¿Tú? —La miró, dubitativo, mientras desataba sus ligaduras.

—Claro. Recuerda que aprendí muchas cosas siendo un robot

humano. Sé todo lo de este barco, cuartel general de ese jeque asesino. Y lo que planean esos malditos para hoy mismo, dentro de pocas horas.

—¿Qué es ello? —se interesó vivamente Lex.

—Un atentado que provocará la suficiente tensión mundial como para desatar la tercera guerra a escala total. La guerra definitiva, vamos.

—¿Un atentado? ¿Qué clase de atentado?

—Dentro de pocas horas se inaugura la nueva y decisiva Conferencia para la Paz y el desarme en el Palacio de las Naciones de Ginebra, ¿no? —Ante el asentimiento de Lex, ella añadió—: Pues bien, el Presidente de los Estados Unidos asiste excepcionalmente a ese foro internacional precisamente esta noche. Cuando él esté en pleno discurso, un misil mar-tierra caerá sobre el Palacio, sin posibilidad alguna de ser interceptado. Habrá sido lanzado desde el cuartel general de *Spider*, una falsa plataforma petrolífera en el litoral escandinavo. Y la muerte del Presidente, junto a la de los demás asistentes al Congreso, provocarán el caos mundial.

—Cielos... —El sudor transpiró de repente, empapando la cara de Lex—. Si eso es cierto, estamos perdidos... ¿Quién puede evitar que eso suceda. Goldie?

—Tú y yo —rió ella suavemente, desmereciéndose y frotando sus ateridos miembros—. Recuerda que conozco bien los secretos de este barco y de muchas otras cosas. Hay una estación electrónica a bordo que puede autodestruirse en caso de máxima emergencia, con lo que se destruye *todo* este barco y cuántos están en él. Si eso sucediera estando a bordo su dueño, sus esbirros y el personal de *Spider* que trabaja en estrecha colaboración con Sheik El Alahi, todo sería aniquilado. Y Yal Yomar lleva consigo siempre su Controller.

—¿Controller? ¿Qué es eso? ¿Quién es Yal Yomar?

—Yal Yomar es el jefe supremo de la rama occidental de *Spider*. Un eurásico gordo, inmensamente rico y despiadado como un reptil. Metal Morgan es su esbirro de más confianza. El Controller es el aparato que puede controlar a distancia a las personas convertidas en autómatas mediante el micro receptor cerebral, autodestruirlas si él se destruye... y también el que puede disparar, todo lo más dentro de cuarenta minutos, a juzgar por la hora que es en estos momentos en mi reloj, el misil que causará el desastre.

—Dios mío... Goldie, si dices la verdad, todo pende de un hilo.

—Así es. Lex, querido —le rodeó con un brazo para saltar de la litera, sin importarle que con esa acción sus soberbios pechos frotaran el rostro del agente secreto, con el solo obstáculo de una leve blusa entre la carne y la epidermis de Lex—. Un hilo que puede romperse de inmediato si no obramos rápidamente.

—Pero ¿cómo. Goldie? Estamos los dos solos a bordo, frente a numerosos esbirros armados y toda una red de controles electrónicos de seguridad. Claro que eso podemos neutralizarlo. Si sigues unida a mí, siempre en contacto físico, aunque sólo sea cogidos de una mano, salvaremos los obstáculos de alarma electrónica, pero ¿y a los esbirros del jeque?

—No podemos hacer otra cosa. Hay que intentarlo, Lex. Además, yo sé dónde está ese control central. Lo vigilan siempre varios hombres. Pero tenemos que ir hasta él y jugarnos el todo por el todo. No hay otra solución.

—Está bien, vamos allá. Y que sea lo que Dios quiera. No podemos cruzarnos de brazos mientras todas esas vidas en Ginebra están a punto de ser exterminadas, y el mundo entero va a estallar en pedazos. Adelante, Goldie. Confiaré en ti.

—Eso me gusta, querido —rió ella, besándole—. Me gustas así. Me gustaste incluso cuando aquel maldito aparato me convertía en una máquina. Pero ahora aún me atraes más...

—Dejemos eso ahora, rubita. El trabajo nos espera. Y si dices la verdad, sólo quedan por delante treinta y siete minutos...

Ella continuó. Cogida de su mano, como él indicara, abandonó el camarote donde estuviera cautiva. Salieron a la oscura cubierta, procurando no ser vistos. Ella señaló hacia el puente.

—Por allí —dijo—. Sigamos pegados a las lanchas de salvamento, es lo mejor. Sé, más o menos, dónde se apostan los guardianes por la noche.

Le guió en las sombras acertadamente. Sólo un vigilante árabe les descubrió, cerca ya del puente. Lex alzó su arma y disparó. Sonó un silbido corto, casi inaudible, brotó un proyectil y alcanzó al árabe. Éste se desplomó rígido, petrificado para un par de horas como mínimo.

—Eres magnífico —aprobó Goldie con entusiasmo—. No esperaba menos de ti...

Siguieron adelante. Otra puerta les llevó a una escalera descendente. Ella señaló al fondo.

—Es ahí —susurró—. Cuidado, Lex. Hay dos vigilantes fuera. Y dos técnicos cuidando de los controles.

Lex asintió con la cabeza, sin murmurar palabra. Descendieron cautelosamente.

Los dos hombres de Sheik El Alahi se volvieron al oírles pisar el corredor, y Lex apretó el gatillo de su arma silente. Los dos proyectiles convirtieron a los árabes en perfectos maniqués, rígidos y paralizados. Golpearon el suelo sordamente.

Rápido, Lex se movió hacia la puerta que señalaba Goldie, marcada con letras árabes, también de oro puro. No la soltaba con su mano zurda, empuñando la pistola silenciosa con su diestra. Abrió la puerta de golpe.

Los dos técnicos, también de raza árabe uno de ellos, y rubio y eslavo el otro, giraron la cabeza, sobresaltados. Dos balas disparadas por Redmond los dejó petrificados en sus asientos, como si un hechizo súbito les hubiera convertido en piedra.

—Fantástico. Lex —aprobó Goldie con entusiasmo infantil—. A esto le llamo yo trabajar en silencio y bien. Vamos, ésa es la máquina. Sé cómo se autodestruye en sólo tres minutos...

Avanzó decidida. La computadora cubría casi la totalidad de los muros del camarote, amplio y lleno de complicados mecanismos electrónicos, controles y pantallas. Ella señaló una tecla roja, luminosa, dentro de un rectángulo de cubierta plastificada, con el indicativo: MUY PELIGROSO sobre la propia tecla, en letras normales y árabes.

—Es ahí —dijo—. Basta una leve presión. Se inicia la cuenta atrás. Tres minutos solamente. Lex. Es el tiempo que tendremos para salir de aquí y alejarnos lo más posible del yate. Éste se hará pedazos en medio de una explosión terrible...

—Será suficiente. ¿Sabes nadar?

—De maravilla. Y puedo resistir minuto y medio sin respirar bajo el agua, además.

—Perfecto. Entonces, adelante. Estoy deseando que empiece la función de fuegos artificiales, rubita.

Goldie rió, quitando la protección plástica a la tecla roja. Luego, le hizo un gesto burlón a Lex, como invitándole a algo ceremonioso.

—Tú mereces ese honor, cariño —dijo—. Aprieta el botón.

—Como quieras. Lo importante es no perder ni un instante —suspiró él.

Avanzó. Apretó el rojo recuadro de la tecla luminosa. De inmediato se produjo un zumbido en la máquina. Se bloquearon todos los mandos. Una pantalla se iluminó en rojo brillante. Sobre ella, rápidos, comenzaron a pasar los dígitos de segundos y décimas de segundo.

—¡Ya! —jadeó Goldie, excitada—. ¡Sólo *tres* minutos. Lex!

Él asintió, aferrando su mano con fuerza. Echaron a correr fuera de la cámara. Se detuvieron en medio del corredor. La sangre se le heló a Lex en las venas.

Metal Morgan estaba frente a ellos, pistola en mano.

Y él se había dejado su pistola silenciosa en la sala de controles. El tiempo corría, vertiginoso, en su implacable cuenta atrás hacia el desastre...

CAPÍTULO IX

—¡Lex Redmond! —aulló Metal Morgan, con un odio animal, despiadado, asomando a sus feroces ojos grises, a su mentón metálico, que crujió agriamente con su voz metalizada, mientras su brazo de acero se movía en un espasmo monstruoso—. ¡Tú, maldito! ¡Esta vez te destruiré!

Goldie retrocedió, aterrada, soltando la mano de Lex. Éste contempló a su adversario más odiado y temido con ojos coléricos. Estaba en inferioridad aparente. Él no llevaba arma alguna en sus manos. Morgan sí. Podía disparar su pistola Luger sobre él. Y lo hizo.

El arma ladró dos veces. Lex notó el impacto de las balas en su estómago. Como siempre, Morgan buscaba una agonía lenta, interminable, no la muerte rápida de su aborrecida víctima. Goldie chilló al ver la sangre en las ropas de árabe de Redmond.

—Calma, querida —silabeó Lex, encogiéndose en un espasmo instintivo, y sonriendo luego duramente—. No sucede nada.

Y ante el pasmo de Metal Morgan, saltó hacia él como un felino, con todas sus energías intactas, como si aquellos dos orificios nada significasen.

—¡Recuerda que ya no soy Lex Redmond, sino el «Agente Muerte», miserable criminal! —aulló Lex, cayendo sobre su enemigo con toda su fuerza.

Morgan juró rabiosamente, chirriante su mandíbula de acero, con la que trató de apresar en un mordisco demoledor la mano de Lex, que se estrellaba en su nariz y boca.

Restalló la sangre en las fosas nasales y los labios de Morgan al ser golpeado. Sus dientes no lograron aferrar la carne de Lex en su presa y el mentón de metal chascó igual que una excavadora.

Pero su brazo de acero sí logró conectar un impacto feroz en el cuello del agente británico, el cual saltó violentamente bajo el

demoledor mazazo del metal, y rodó por el corredor, dando tumbos, con la piel desollada y sangrante.

Metal Morgan rugió de placer ante su éxito. Goldie, asustada, miró su reloj.

—¡Lex, el tiempo! —avisó, desesperada—. ¡Pasa un minuto!

Lex asintió, aturdido. Podía sobrevivir a muchas cosas con el ingenio portentoso del profesor Ratoff en su persona, pero estaba sujeto a avatares como aquél. El golpe le había aturdido terriblemente, y todo daba vueltas en torno suyo. Morgan avanzó hacia él, levantando su brazo ortopédico en el aire, para masacrarle a placer. Si le hundía la cabeza, no habría la menor posibilidad de supervivencia. El mecanismo vital podía hacer maravillas, pero no milagros. Un cráneo roto era algo irreversible.

Y seguir luchando allí, también. Menos de dos minutos más, y todo estallaría en mil pedazos, con ellos dentro.

El brazo demoledor de Morgan cayó sobre él. Lex tuvo el tiempo justo de rodar sobre sí mismo, con un desesperado esfuerzo por recuperar el control de sus actos. La mano de acero desgarró las tablas del suelo y se hundió entre astillas de madera pulverizada. Lex reaccionó en ese punto, saltando y logrando clavar sus dos pies, en un golpe de karate seco y contundente contra la garganta de Morgan.

Hubiera sido un impacto mortal de necesidad, sobre la nuez del asesino, pero éste, rápido, cubrió el punto elegido con su mentón, al inclinar la cabeza. Los pies de Lex se estrellaron en la mandíbula de acero del monstruoso criminal. Ésta saltó despedida de sus engranajes, y la faz de Metal Morgan quedó horriblemente desfigurada al desaparecer su mandíbula entera, que resonó huecamente, rebotando en el suelo, lejos de él. Era una faz sin mentón, con sólo el labio superior sobre una línea de dientes, la monstruosa cara que Lex vio ante sí, llena de odio.

Allá, en la pantalla roja, los dígitos volaban hacia el minuto dos. Ya apenas quedaba poco más de un único minuto...

Y la lucha continuaba, porque la reacción feroz del criminal a la pérdida de su prótesis facial fue inmediata. Descargó su brazo derecho contra Lex, y su fuerza era suficiente para hacer tambalear al agente con su impacto en pleno rostro. La sangre corrió por la mejilla y nariz del agente, que trató a la desesperada de terminar

aquella batalla con el férreo adversario que tenía enfrente.

En ese preciso momento, vio que Metal Morgan alzaba su mano metálica, apuntándole con los dedos de acero articulado. Supo lo que iba a suceder. ¡Lenguas de fuego caerían sobre él, desde aquella especie de pequeños cañones, abrasándole!

Saltó ágilmente hacia atrás, y el fuego estalló a sus pies, sobre las maderas del corredor. Goldie lanzó un chillido de pánico. Lex aprovechó el fugaz instante entre una descarga de fuego y otra.

No había más tiempo, después de todo. Ahora... o nunca.

Saltó como un tigre, poniendo todas sus fuerzas en aquel brinco elástico, felino, exasperado. Salvó la larga distancia entre él y su enemigo. Los dedos iban a llamear de nuevo.

Le alcanzó, aferrando aquel brazo de acero articulado. Lo movió rabiosamente, con ambos brazos, girándolo contra su propietario justo en el instante en que el haz de rayos ardientes escapaba de sus dedos.

La mano de metal se acababa de posar sobre el cuello de Morgan cuando los dedos vomitaron fuego. Fue un espectáculo breve y terrible.

Con un desgarrador alarido. Metal Morgan fue víctima de su propio ingenio mortífero. Las llamas le envolvieron, abrasando su rostro, su cabello, sus ropas, su piel. Se calcinó en instantes, convertido en antorcha humana que se agitaba en medio del corredor, tras apartarse violentamente de él Lex Redmond. Goldie, aterrada, asistía a la escena sin dar crédito a sus ojos.

Lex la tomó rápidamente de la mano y la conminó con voz ronca:

—¡Pronto, el tiempo se agota! ¡Corramos. Goldie!

Los dos se lanzaron pasillo adelante, dejando tras de sí la forma calcinada de Morgan, envuelto aún en llamas, negruzco e irreconocible, agitándose tan sólo su ennegrecido brazo de acero en medio de pavesas.

Salieron a la cubierta. Varios disparos llegaron de algunos puntos del yate, pero no les alcanzaron. Al saltar la borda, una bala hirió a Lex en el hombro, pero eso no le importó demasiado. Se sumergieron velozmente en las aguas. Sobre sus cabezas llovían proyectiles.

Faltaban cuarenta segundos, y ya nadie podía evitar el desastre a

bordo. Ni tampoco sabían de su amenaza para intentar la fuga. Cuando se dieran cuenta de ello, sería demasiado tarde. En tan pocos segundos, nadie escaparía con vida del yate. Cuando menos, nadie de los altos jefes de *Spider* ni su siniestro anfitrión, Sheik el Alahi...

Se alejaron a grandes brazadas, siempre sumergidos. Salieron un instante, cosa de treinta segundos más tarde, a alguna distancia del *Golden Shark*, cuyo dorado casco brillaba en la noche como un capricho grotesco y flotante de un nuevo rey Midas.

Luego, tras tomar aire, y mirarse un instante fugazmente, ambos jóvenes se sumergieron profundamente en el limpio Mediterráneo.

Sobre sus cabezas, instantes más tarde, el mar entero pareció entrar en erupción. Las aguas se agitaron, los peces huyeron en bandadas enloquecidas, el oleaje les catapultó a distancia, dando tumbos, y todo se iluminó en la noche de forma dantesca. Sobre Cannes, un enorme fuego de artificio, estruendoso y cegador, brilló durante unos segundos, alumbrando su paseo marítimo, sus hoteles de lujo y sus palmeras. Luego, se extinguió, mientras un yate entero, pintado de oro puro, se hundía rápidamente, convertido en chatarra, llevando a bordo a una poderosa agrupación de hombres que eran auténticos magnates del crimen organizado.

Simultáneamente, en muchos lugares del mundo, personas fuera de toda sospecha fueron víctimas de repentinos ataques cerebrales, y murieron en el acto, con extrañas quemaduras en su cuero cabelludo...

El Controller de Yal Yomar había sido destruido con su dueño a bordo del yate *Golden Shark*. Y con él, eran destruidos simultáneamente todos los personajes convertidos en robots humanos por *Spider*.

Para asombro de Sir Q., jefe del Departamento Especial del *Intelligence Service*, allá en el corazón de Londres, su eficiente secretaria. Doris Whitman, fue víctima también de tan extraña y repentina muerte...

EPÍLOGO

—Doris Whitman, una mujer de toda confianza... —susurró Frank Colé, sombrío.

—Así es, mi querido Frank —sonrió tristemente Lex Redmond—. Incluso en nuestro Departamento había logrado introducir *Spider* un agente suyo. La señorita Whitman nunca hubiera traicionado a su patria voluntariamente, pero nada podía hacer si estaba dominada a distancia por ese aparato diabólico y sus ondas mentales.

—Yo sé mucho de eso —aseguró Goldie, sin dejar de abrazar a Lex—. Viví esa atroz experiencia. Una no puede pensar, tomar decisiones, tener voluntad. La fuerza hipnótica que fluye de ese mecanismo adherido al cráneo es inmensa. Por fortuna, en mi caso hubo una avería providencial.

—Por eso sabían los enemigos todo lo relativo a nuestros movimientos y te cazaron en la base de los Sargazos...

—Cierto, Frank. Thorla no me traicionó. Fue cosa de Doris Whitman... Pobre mujer, ella no tuvo nunca la culpa de nada. También a través de ella me localizaron en el hospital secreto de Londres... Era como tener al enemigo infiltrado en casa. ¿Y quién iba a sospechar de una mujer que llevaba veinte años al servicio de la Corona?

Frank Colé se alejó, aún anonadado por el fin de la aventura. En el litoral escandinavo, las autoridades habían logrado apresar al resto de miembros de *Spider* y recuperar tres misiles robados a las grandes potencias. El caso *Spider* estaba cerrado en los archivos del *Intelligence Service*.

—Y ahora, querido Lex, sólo contamos ya nosotros dos —dijo Goldie, tendida en el mullido césped de la vivienda de Lex Redmond, junto a la piscina. Y al ver que Frank Colé estaba ya fuera de la casa, empezó a desnudarse lentamente.

—¿Qué haces? —preguntó Lex, alarmado.

—Algo que sin duda no te disgustará, amor —rió Goldie con picardía—. ¿No me dijiste, después de salvarnos de la voladura del *Golden Shark*, que habías tenido un sueño erótico conmigo, cuando te narcoticé a bordo del *Seagulf*?

—Sí, pero... Aquí, al aire libre...

—¿Qué mejor sitio, querido? Estamos solos en el jardín, solos en la casa. La luz del día te permitirá comprobar que Goldie Munro es, realmente, una chica muy bien formada, sobre todo cuando no lleva nada encima...

En ese momento, sólo quedaban sobre el cuerpo escultural de la hermosa rubia dos piezas interiores. Cayó la superior. Luego la inferior. Lex quedó sin aliento, pese a su larga experiencia en esa clase de asuntos.

—Maravillosa —musitó—. Eres como una estatua clásica...

—Pero no soy una estatua ni una diosa —sonrió ella, desnuda, avanzando hacia él—. Sólo soy una mujer... que desea ver hecho realidad ese sueño tuyo...

Lex la rodeó con sus brazos. Sintió su cálida desnudez contra él. Resultaba infinitamente más excitante y seductora que en sus sueños. Y además, era real.

No le importó demasiado pensar que su batería podría descargarse rápidamente si complacía a aquella hembra prodigiosa en todo. Después de todo, tenía en su propia casa un laboratorio especial para recargar su mecanismo vital. Y valía la pena consumir su energía en aquel trabajo, mejor que en perseguir agentes enemigos por el mundo.

Ahora ya no pensaba en que era el «Agente Muerte». Sólo pensaba en Goldie. Esto era la vida, no la muerte. La vida junto a la rubia más hermosa que jamás había conocido.

FIN



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Golden Shark: Tiburón Dorado, en inglés. < <

[2] Seagulf: en inglés, gaviota. < <

[3] Aproximadamente un metro ochenta centímetros. < <

[4] Gold, es oro. Goldie sería un diminuto de oro, intraducible al español. < <

[5] Spider: araña, en inglés. < <